LOS HOMBRES de la historia

36

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Bismarck

Carlo Pinzani

Centro Editor de
América Latina



La Alemania del siglo XIX y el nombre de Bismarck se hallan indisolublemente ligados y no es posible escribir la historia de aquélla sin hacer al mismo tiempo la biografía de este último.

La vida del noble prusiano - nacido el 1º de abril de 1815 y muerto el 30 de junio de 1898 - coincidió con el período de grandes transformaciones estructurales y políticas de las que surgió la Alemania moderna, la Alemania del siglo XX que en dos ocasiones intentó "el asalto al poder mundial" y en las dos sufrió derrotas ruinosas cuyas consecuencias todavía hoy se viven. Sin embargo, Bismarck no inventó nada; el doble juego diplomático, el poderío feudal de los Junker, el sentimiento nacional alemán, la demagogia plebiscitaria, eran todos instrumentos que ya se hallaban a disposición de los políticos alemanes. Sólo que él supo usarlos con mayor eficacia que otros y logró la supervivencia - por algún tiempo - de estructuras feudales y absolutistas en una sociedad dominada por el capitalismo moderno. En definitiva, fue un gran político conservador.

Los aspectos brutales de su obra conservadora derivan del hecho que Bismarck debió defender - para ser coherente con sus ideas -, el aspecto social capitalista de los "excesos" democráticos, pero además debió salvaguardar las posiciones de la nobleza agraria en una sociedad que se estaba industrializando. Tal vez esto sirva para explicar la inestabilidad esencial de su obra: los poderes de la Corona, del ejército, de la administración, que tanto contribuyó a reforzar a expensas de la opinión pública, habrían de resultar fatales para Alemania, una vez que el pasaje a la época del imperialismo y de la política mundial pusiese en evidencia también la fragilidad del sistema de relaciones internacionales que él había tejido pacientemente. Esto no disminuye en absoluto la responsabilidad de sus sucesores, para quienes la figura del canciller se convirtió en una especie de íncubo, ni la de la mayoría del pueblo alemán. Con todo, no puede olvidarse que la causa del conservadorismo, del violentar el curso de la historia por todos los medios posibles, le fue señalada a Alemania por Bismarck, y el "némesis del poder" no habría podido dejar de golpear a su criatura.

Fascículos correspondientes al período El Mundo contemporáneo, ya publicados

(*) Volumen 1
(**) Volumen 2

2. **Churchill**/E. Ragionieri (*)
5. **Einstein**/L. Castellani y L. Gigante (*)
6. **Lenin**/Ch. Hill (*)
9. **Gandhi**/G. Borsa (*)
11. **Hitler**/J. C. Favez (*)
14. **García Lorca**/R. Alberdi (*)
18. **Stalin**/I. Deutscher (*)
23. **Picasso**/M. de Micheli (*)
28. **Roosevelt**/A. M. Schlesinger (h.)
33. **Mussolini**/R. Zangrandi (**)
35. **Pío XII**/C. Falconi (**)

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

36. Bismarck - El siglo XIX: La revolución industrial
Este es el sexto fascículo del tomo El siglo XIX: La revolución industrial.
La lámina de la tapa pertenece a la sección El siglo XIX: La revolución industrial, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 36:
Arborio Mella, Milán: p. 143 (1, 2, 3); p. 144 (1, 2, 3, 4); p. 146 (1, 2, 3); p. 147 (1, 2); p. 151 (1, 2, 3, 4, 5); p. 158 (3); p. 161 (1, 2); p. 162 (1, 2, 3).
Snark International, París: p. 158 (2); p. 161 (3).
Zennaro, Roma: p. 154 (1, 2, 3, 4); p. 158 (1); p. 162 (4); p. 164 (1).

Traducción de Fernando Lida García.

Centro Editor de América Latina S.A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S.A., Luca 2223, Buenos Aires, en febrero de 1969.

Bismarck

Carlo Pinzani

1815
Hijo del *Landjunker* [hidalgo terrateniente] Wilhelm Ferdinand von Bismarck-Schönhausen y de Wilhelmine Mencken, nace el 1º de abril en Schönhausen (Pomerania).

1832
Completados los estudios secundarios (*gymnasium*) en el Colegio Grauen Kloster de Berlín, estudia jurisprudencia en las universidades de Gotinga y Berlín.

1839-1847
Tras una breve experiencia burocrática en Aquisgrán y en Potsdam como magistrado, administra las propiedades paternas; al final de este período abandona las convicciones laicas de sus años juveniles para adoptar un protestantismo de tipo pietista.

1847
Es nombrado delegado ante el *Landtag** prusiano unido; pronto se destaca como portavoz del grupo reaccionario que encabezan en la corte los hermanos von Gerläch. Se casa con Johanna von Puttkamer.

1848
La revolución se extiende en Alemania. Federico Guillermo IV se ve obligado en marzo a otorgar la constitución y a convocar a un parlamento. Bismarck, a quien los acontecimientos sorprenden en el campo, procura en vano organizar una intentona contrarrevolucionaria.
En mayo se inaugura en Francfort la Asamblea Nacional, encargada de organizar el futuro liberal de Alemania; pero ya en el verano la revolución europea sufre reveses decisivos. A fin de año Federico Guillermo IV disuelve el Parlamento y reemplaza la constitución de marzo por otra decretada y mucho más limitada.

1849
Últimos estertores revolucionarios en Europa y en Alemania. Federico Guillermo IV rechaza la corona de Alemania que le ofrece el Parlamento de Francfort. Bismarck es diputado ante la Cámara Nobiliaria prusiana y colabora en la fundación del diario reaccionario *Kreuzzeitung*; apoya la política del gobierno de Manteuffel.

* Consejo del país —prusiano— que debía reunirse en Berlín por citación real y aprobar o no los nuevos impuestos. Fue creado por Federico Guillermo IV en 1847.

1850
Austria recupera la hegemonía en Alemania; a Prusia le es impuesto el tratado de Olmütz.

1851-1859
Bismarck representa a Prusia en la dieta federal de Francfort. Efectúa muchos viajes por Alemania y el extranjero y adquiere cierta influencia sobre la política exterior prusiana, que decrece cuando Guillermo I sucede a Federico Guillermo IV y al ministerio de Manteuffel sucede el de Hohenzollern-Auerswald, liberal moderado.

1859-1861
Embajador en San Peterburgo. En Prusia se desarrolla el conflicto entre el *Landtag* y el gobierno, acerca de la reforma del ejército, propugnada por el ministro de guerra von Roon.

1862
Bismarck es nombrado embajador en París. Partidario decidido de la reforma militar, se presenta como el hombre más capaz de doblegar la resistencia del *Landtag*; von Roon recomienda su designación como presidente del consejo de ministros, la que se verifica el 23 de setiembre, en la etapa más aguda del conflicto constitucional.

1863
Primeros actos de política exterior del ministerio de Bismarck: acuerdo con Rusia para reprimir la insurrección polaca (convención de Alvensleben); iniciativa para hacer fracasar la conferencia de príncipes alemanes promovida por Austria a fin de reformar la Confederación.
En el orden interno continúa el conflicto constitucional con el *Landtag*. Contactos entre Bismarck y el dirigente socialdemócrata Ferdinand Lassalle.

1864
Dinamarca se anexa los ducados de Schleswig y Holstein; Prusia y Austria la derrotan y obtienen, con la paz de Viena, la administración de ambos ducados.

1865
Convención de Gastein entre Prusia y Austria: se divide la administración de los ducados de Schleswig-Holstein y se perfilan las divergencias que llevarán a la guerra entre las dos naciones, por la hegemonía germana.

1866
Bismarck concluye la alianza con Italia y presenta en seguida un proyecto de reforma de la Confederación que prevé la elección de un parlamento alemán mediante sufragio universal directo.
Del 15 de junio al 26 de julio se libra la guerra entre Prusia y Austria; tras la decisiva victoria prusiana en Sadowa, Bismarck se apresura a firmar el armisticio de Nikolsburg con candiciones moderadas, por temor a una intervención francesa, para lo cual debe vencer la oposición de Guillermo I y los militares.
La paz de Praga conserva estas características: surge la Confederación del Norte, los estados alemanes al sur del Meno siguen siendo independientes y Austria queda excuida de Alemania.
Los éxitos de Bismarck en la política exterior doblegan la resistencia del Parlamento, que vota una ley que ratifica lo actuado inconstitucionalmente por el gobierno durante el conflicto constitucional. Esto signa el acercamiento de los liberales alemanes a Bismarck.

1870-1871
La guerra franco-prusiana, provocada por a cuestión de la candidatura de un príncipe Hohenzollern al trono de España. Bismarck agrava la situación para provocar la guerra, que se desarrolla rápidamente con una gran victoria prusiana. El 18 de enero de 1871 Guillermo I es coronado emperador en Versalles, con le adhesión de los príncipes alemanes. Bismarck se convierte en canciller del Reich, único ministro responsable ante el Parlamento. La paz de Francfort sanciona la unidad alemana, con la anexión de Alsacia y Lorena.

1873
Alianza de los tres emperadores de Alemania, Austria y Rusia. Bismarck comienza la lucha *(Kulturkampf)* contra el partido católico del *Zentrum*, la que sigue intensamente hasta 1875.

1875
Crisis de la "guerra a la vista": preocupado por la rápida recuperación económico y militar de Francia, Bismarck la amenaza con una guerra preventiva.

Congreso de Gotha: nace el Partido Socialdemócrata alemán de la fusión de lassallianos y eisenachianos (marxistas).

1878
Bismarck preside el Congreso europeo de Berlín actuando como "honesto mediador" entre las potencias, para arreglar la cuestión de Oriente luego de la victoria rusa sobre Turquía.
En materia de política interna, Bismarck adopta un nuevo rumbo abandonando a los liberales para volver a una alianza con los conservadores y también, aunque en forma más limitada, con el "centro" católico. El terreno escogido para ello fue el abandono del liberalismo aduanero. La orientación conservadora de Bismarck se manifiesta asimismo con la ley antisocialista.

1879
Alianza con Austria-Hungría como consecuencia del empeoramiento de las relaciones ruso-germanas tras el Congreso de Berlín (de esta alianza surgirá, con la adhesión de Italia en 1882, la llamada Triple Alianza).

1881
Bismarck inicia la legislación social, destinada a formar parte de la campaña de persecución antisocialista.

1884
Se renueva la alianza de los tres emperadores.

1887
Aprovechando la agitación revanchista de Francia, Bismarck provoca un conflicto con el *Reichstag* acerca del presupuesto militar y hace obtener un triunfo electoral a los conservadores, con lo que refuerza su propia posición para la eventualidad de la inminente sucesión al trono. Al mismo tiempo procura detener el continuo deterioro de las relaciones ruso-germanas concluyendo una alianza defensiva secreta con Rusia (el tratado de contraseguro).

1888
Muere Guillermo I. Tras el brevísimo reinado de su hijo, Federico III, hereda el trono el sobrino de aquel, Guillermo II, de veintinueve años. La posición personal del canciller empeora.

1890
Luego de algunos contrastes en materia de política social, estalla el conflicto entre Bismarck y el nuevo Káiser. Bismarck logra llevar el conflicto al terreno de la política exterior y presenta su dimisión (18 de marzo).

1890-1898
Bismarck se retira a Friedrichsrude. Alimentado por él mismo, nace el mito del Canciller de Hierro, que crea considerables dificultades a sus sucesores.
El 30 de junio de 1898 muere Bismarck.

La era de Bismarck

En una reciente historia de la Alemania moderna, su autor, Golo Mann, en cierto sentido llega a excusarse ante el lector por haber hablado demasiado de Bismarck; pero, en realidad, la Alemania del siglo XIX y el nombre del notable prusiano se hallan indisolubemente ligados, y no es posible escribir la historia de aquella sin hacer al mismo tiempo la biografía de este último. La vida de Bismarck coincidió con el período en que Alemania sufrió una transformación mucho más profunda que las que se habían acumulado en los siglos precedentes. Por singular coincidencia, el año del nacimiento de Bismarck (1815) corresponde a la fecha que los historiadores que estudian la Alemania moderna suelen tomar como hito de una periodización; y el año de su muerte (1898) cae de lleno en un período en el que la historia alemana se encaminó decididamente en dirección a la primera de las dos catástrofes que registra en el siglo XX.

La Alemania de 1875 era sobre todo un país predominantemente agrícola: el 70 % de la población vivía todavía en el campo y la dialéctica de las clases seguía siendo esencialmente la de un país feudal, no obstante todos los cambios —aun profundos— introducidos por la época napoleónica. En 1890 este cuadro se había modificado radicalmente: la industria moderna era ya predominante, el capitalismo había alcanzado ya un grado notable de concentración y de agresividad hacia el exterior, y la lucha de clases que se desarrollaba en el país era tomada como modelo por los socialistas de todas las naciones europeas.

Alemania había salido del Congreso de Viena dividida en 31 estados dinásticos, a los cuales se agregaban cuatro ciudades libres; no obstante el agrandamiento de Prusia —que al obtener los territorios renanos alcanzaba una cantidad de habitantes superior a la de todos los otros estados excepto Baviera—, el tradicional regionalismo alemán se había conservado, si no incluso fortalecido.

En 1890 había en Alemania un Estado nacional, que, si bien mantenía en el orden federal marcados rasgos de regionalismo, había superado todas las limitaciones del fraccionamiento de la soberanía. Entre 1815 y 1890, se había desarrollado en Alemania la revolución capitalista, aunque de acuerdo con un esquema muy especial que había hecho que la burguesía capitalista prevaleciese por completo en el plano económico, mientras que en el plano del poder político había debido llegar a un compromiso con las fuerzas tradicionales de la nobleza agraria. En la base de este compromiso radica la obra política de Bismarck, quien, valiéndose sobre todo de la solidez de las posiciones iniciales, logró conservar para la nobleza y la Corona un poder superior al que habían conservado en todos los demás estados europeos en los que se había producido una revolución capitalista.

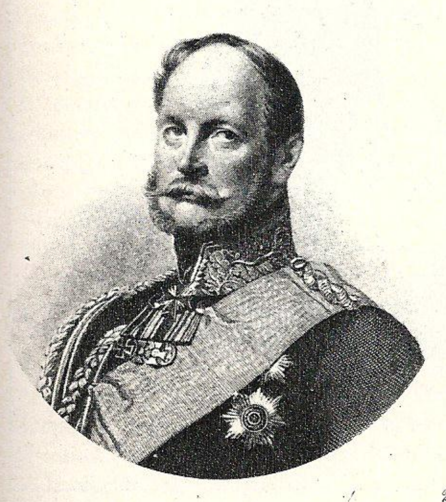
La referencia a la solidez de las posiciones iniciales de la nobleza agropecuaria se justifica por la situación que se desarrolló en Alemania en el período de la Restauración: las presiones en favor de la unificación alemana y de un régimen político liberal fueron contenidas con bastante facilidad, inclusive porque la evolución del capitalismo se hallaba aún en una etapa bastante atrasada, y esto permitió a la nobleza terrateniente empuñar con firmeza los controles de los estados dinásticos. Esta situación era particularmente evidente en Prusia, que sería el Estado destinado a dirigir la unificación: allí el desarrollo de la burguesía capitalista, intenso en las regiones renanas, se vio frente a una administración estatal que las reformas de Hardenberg y von Stein habían puesto aún más firmemente en manos de los *Junker*, es decir, de la nobleza terrateniente de la parte oriental del país. En la Prusia de la Restauración, la abolición de las formas feudales en las relaciones entre campesinos y propietarios siguió siendo una mera ficción jurídica: las prestaciones personales subsistieron, así como la jurisdicción feudal. Tampoco fueron abolidos completamente los privilegios fiscales, y el más importante —el tradicional dominio de la administración y del ejército— no fue afectado sustancialmente. Sobre todo en el ejército prusiano, los nobles retuvieron todas las palancas del poder, agitando continuamente el espectro del liberalismo para oponerse al ingreso de los burgueses al cuerpo de oficiales.

Sin embargo, prefigurando la evolución ulterior, la burguesía prusiana obtiene en el período de la Restauración la realización de una demanda suya verdaderamente fundamental en el plano económico, esto es, el *Zollverein*, la unión aduanera a la que adhirieron en 1834 dieciocho estados alemanes. Fue este un logro notable de la burguesía renana, que compensaba el fracaso de las esperanzas liberales originadas en la revolución francesa de 1830 y que ponía a Prusia en condiciones de ampliar su influencia política en Alemania.

El *Zollverein* representó un éxito para la burguesía también desde otro punto de vista: sirvió para alentar ulteriormente el desarrollo del capitalismo con la formación de un mercado más vasto, creando las premisas para la tentativa revolucionaria de 1848.

Las aspiraciones nacionales y liberales de la burguesía alemana en ese período se manifestaban también con un gran florecimiento cultural, que expresaba los trabajos y los fermentos de una sociedad en transformación que la atmósfera opresiva de la Santa Alianza había contenido y limitado sin lograr suprimir. La cultura alemana de la primera mitad del siglo XIX estuvo por cierto vinculada con el desarrollo del capitalismo en Alemania y sirvió de respaldo a las

1



2



3

1. *Federico Guillermo IV, rey de Prusia* (Arborio Mella).

2. *Guillermo, príncipe de Prusia* (Arborio Mella).

3. *Bismarck en 1847, diputado* (Arborio Mella).

reivindicaciones para la formación de un Estado nacional y de una sociedad que realizase en su ordenamiento las exigencias de progreso y de libertad. Pero el revés de 1848 y el temor de la burguesía a las implicaciones que podía tener una política jacobina bloquearon esas aspiraciones. Por eso, entre otras cosas, la unificación alemana se verificó mayormente en un vacío cultural, que por cierto no podían llenar quienes encabezaron el proceso mismo, es decir, las fuerzas conservadoras prusianas o Bismarck. Ello ejerció una influencia determinante al fijar las características del proceso de unificación alemana: la famosa frase pronunciada por Bismarck ante el Parlamento prusiano en 1862 ("Los grandes problemas de nuestra época no se resuelven con discursos ni con deliberaciones de la mayoría —ese fue el gran error de 1848-49—, sino con sangre y hierro") resume eficazmente el carácter de la unificación alemana y el sentido general de las diferencias que van de la Alemania de 1815 a la de 1890. Se trató de una grande y rápida progresión de poderío, en la que la revolución sobrevino principalmente en el terreno económico y en el de las relaciones entre los estados. Ciertamente afectó también las conciencias de los alemanes, pero solo en la medida en que Bismarck lo permitió. Pues si es bastante frecuente que la historia de los pueblos en ascenso coincida con la obra de un gran personaje, es muy raro —por no decir irrepetible— que el protagonista se halle en una posición tan contradictoria como la de Bismarck. En efecto, mientras este secundaba y promovía las aspiraciones de unidad y poderío de Alemania, se convirtió en el opresor de todas las reivindicaciones que pretendían unir al poderío el progreso civil y político de la nación.

Los años juveniles

La familia de Bismarck pertenecía a la nobleza rural prusiana, a esos *Junker* que no obstante todas las reformas del período napoleónico eran todavía, en la época de la Restauración, los amos absolutos de sus tierras. El padre de Otto, Guillermo Fernando von Bismarck-Schönhausen, no parecía destinado a engendrar un hijo genial: según Franz Mehring, en él "la disminución intelectual de la familia había descendido a una profundidad difícilmente superable". La madre, Wilhelmine Mencken, provenía de una familia burguesa de sentimientos moderadamente liberales. Aunque Bismarck no haya demostrado nunca una especial admiración por su madre, debe de haber sido una mujer de méritos no comunes que proponía a los hijos, como meta por alcanzar, la de una elevada vida espiritual. En sus años de niñez el futuro canciller adquirió un sincero amor por la vida de campo y la naturaleza, sentimiento que bien se acomodaba con el sustancial desprecio por la gente y con el gusto por la lucha y el dominio, que fueron rasgos constantes de su carácter. Finalizados sus estudios medios, el joven Otto fue enviado al colegio berlinés del Grauen Kloster, un establecimiento que se regía por los criterios pedagógicos de Pestalozzi y en el que también se cuidaba mucho la educación física. Bien que no fuese un alumno particularmente brillante, Bismarck, destinado a una carrera en la administración pública, se inscribió en la facultad de derecho de la Universidad de Gotinga (Hannover) y posteriormente pasó a la de Berlín. Sus estudios universitarios no fueron más brillantes que los precedentes: aunque el joven *Junker* pasaba los exámenes sin dificultad, se distinguía más en las actividades estudiantiles extracadémicas que en los estudios. Era miembro activo de las corporaciones de estudiantes y se sometía de buen grado a la práctica de los duelos a cuchillo, al tiempo que se mantenía completamente al margen de la atmósfera que sin embargo circulaba en forma bastante difundida en las universidades alemanas de esa época.

Al terminar sus estudios Bismarck fue nombrado magistrado en Aquisgrán. La actividad burocrática, empero, no ocasionó un cambio sustancial en su existencia, dado que se interesó mucho más en la vida mundana del balneario termal que en la práctica de sus funciones. En 1837 fue transferido de Aquisgrán a Potsdam, donde fue incorporado a la administración de las finanzas, pero tampoco la nuevo actividad lo satisfizo. En sus memorias Bismarck dedicó páginas de crítica bastante severas a la administración prusiana y a la actividad burocrática en general; el motivo de su insatisfacción aparece muy claramente en una carta suya de unos años después: "El funcionario prusiano se asemeja al simple integrante de una orquesta; que después se trate de primer violín o del que toca el triángulo no cuenta [. . .] en cambio no quiero interpretar la música tal como yo la entiendo, de lo contrario nada."

Pero antes de que esta voluntad de primacía pueda comenzar a concretarse deberán pasar muchos años; en 1839 Bismarck dejó el empleo público para administrar los bienes paternos.

Los años que transcurrió en el campo (1839-1846), apenas interrumpidos por viajes a Francia y a Inglaterra que no dejaron mayor huella, y por abundantes y desordenadas lecturas, parecen típicos de la vida de una caballero rural destinado a una existencia mediocre. Sin embargo, aun en este período, que lleva a Bismarck a los umbrales de la madurez, surge algún elemento que lo distingue de los otros representantes de su clase. En efecto, en estos años nace la fama sobre "ese loco de Bismarck", alimentada no sólo por extravagancias de carácter sino también por una excepcional actividad física, por excesos de vitalidad



1



2



3



1. Danza de los huevos políticos, caricatura de Bismarck de 1863 (Arborio Mella).

2. Bismarck destroza la constitución prusiana diciendo: "Con ésta no puedo reinar." Caricatura de 1862 (Arborio Mella).

3. El desprecio de la constitución por parte de Guillermo I suscita una referencia a la caída de los dos insignificantes tiranos de Nápoles y de Grecia (noviembre de 1862) (Arborio Mella).

4. "Hay un límite a lo que un rey de Prusia puede permitirse escuchar." El Figaro publica esta caricatura comentando la respuesta de Guillermo a los parlamentarios que le habían presentado una petición (Arborio Mella).

4

que mal cuadraban al ambiente conformista de la nobleza rural prusiana.

Este aspecto de su carácter reviste cierta importancia asimismo para su futura actividad política: es cierto que él fue objetivamente un *Junker* y que durante toda su vida sus valores fueron los de la clase a la que pertenecía; pero no es menos cierto que en Bismarck se tiene una de esas personalidades que no toleran encasillamientos demasiado rígidos. Él recuerda en sus memorias haber firmado siempre sencillamente Bismarck hasta 1848, y sólo entonces haber comenzado a anteponer el *von* [de] "como protesta contra la proposición de abolir la nobleza": es un detalle significativo que ilustra el tipo de adhesión de Bismarck al *junkerismo,* adhesión profunda y convencida, pero al mismo tiempo polémica, desprejuiciada, es decir, capaz de no dejarse encerrar en los prejuicios de casta, sobre todo cuando estos pueden de algún modo comprometer o limitar la consecución de objetivos importantes. Se explica así que Bismarck, tras presentarse en la escena política prusiana como el abanderado del *junkerismo* más intransigente y agresivo, haya podido luego alejarse de quienes —como los von Gerlach, que fueron sus primeros protectores en la Corte— no lograban comprender que la intransigencia absoluta frente a la nueva realidad que estaba madurando en Alemania habría llevado sólo a la derrota de su partido.

La misma desenvoltura que mantuvo con respecto a los módulos de su propia clase, Bismarck la manifestó también respecto de sus propias convicciones religiosas. En efecto, hacia el final de su período rural experimentó una crisis religiosa: bajo la influencia de una amiga, Martha von Thadden, abandonó las creencias genéricamente deístas de sus años juveniles para volver al cristianismo positivo, en un sentido protestante-pietista. Siempre aconsejado por la misma von Thadden, Bismarck se comprometió con Johanna von Puttkamer, también de familia *Junker,* con quien casó en julio de 1847.

Las primeras experiencias políticas

En febrero de 1847 Bismarck (que con la conversión había obtenido también la amistad de un grupo bastante influyente en política) fue llamado a formar parte del *Landtag* prusiano unido, como representante de la nobleza sajona. Era aquel un organismo representativo de los parlamentarios provinciales de origen feudal, que según las intenciones de Federico Guillermo IV, debía ser reemplazado por un parlamento electivo moderno, para obtener el consentimiento del país a la necesidad de un empréstito destinado a las construcciones ferroviarias. La convocatoria al *Landtag* unido se realizó en un clima político ya bastante agitado, en el que las exigencias de la burguesía liberal en procura de una constitución se unían a las reivindicaciones nacionales por la unificación alemana. Por ello los debates en el *Landtag* unido fueron muy animados y trascendieron del ámbito que les estaba reservado en las intenciones de la Corona; además fueron seguidos atentamente por los círculos más evolucionados. Esto había de resultar afortunado para el flamante diputado Bismark, que pronto consiguió ponerse en evidencia como brillante portavoz de los ambientes más reaccionarios: en sus intervenciones mostraba tal fiereza y tal desprecio por las demandas liberales que en muy poco tiempo lo hicieron sumamente impopular.

No puede afirmarse por cierto que en su carrera política Bismarck haya sido un gran orador parlamentario; no obstante, se le reconoce universalmente una natural eficacia también en este terreno. Por otra parte, no podía ser de otro modo con un hombre que no sólo no creía en los parlamentos sino ni siquiera en el debate, que consideraba a los adversarios políticos como enemigos personales, en cuanto obstáculos a la afirmación de la propia personalidad. Aun en esta etapa preliminar de su vida política es posible descubrir estas características de dureza y eficacia: Bismarck deseaba alcanzar cierta notoriedad y el favor de sus amigos, de la "camarilla" de los von Gerlach y del soberano, y no erró el blanco.

El mismo empuje y la misma ambición de sobresalir guiaron su comportamiento en el fatal 1848, cuando, tras las insurrección que hizo huir a Luis Felipe de Francia, la agitación se extendió por Alemania así como por el resto de Europa: tres días después del levantamiento de Viena también en Berlín se combatía en las calles, y Federico Guillermo IV decidió retirar las tropas de la ciudad, pese a la oposición de su hermano, el futuro Guillermo I, que fue obligado —al igual que Metternich— a refugiarse en Inglaterra. Bismarck fue sorprendido en sus tierras por estos acontecimientos y en seguida se afanó por suscitar un movimiento contrarrevolucionario apoyado en los campesinos y en el ejército, que permitiese retomar el control de la situación y desembarazarse de las promesas hechas en las jornadas de marzo, cuando se había otorgado la Constitución y se había proclamado la disposición de Prusia a la unificación alemana. La tentativa de Bismarck fracasó sin mayores consecuencias, como no fuese la permanente frialdad de la mujer del príncipe Guillermo —la futura emperatriz Augusta— hacia Bismarck, que trató de complicarla, así como a su marido ausente, en sus proyectos. Con todo, estos son bastante indicativos de la posición del futuro canciller: en el fondo, se trata de una tentativa de "tocar la música a su modo" antes de que hubiese llegado la ocasión para ello.

Toda la política del reinado de Federico Guillermo IV se caracterizó por una incertidumbre fundamental, por una serie de iniciativas contradictorias que a menudo se atribuyen a la inestable personalidad del soberano (que acabó loco en 1857), pero que en realidad se fundaban en la situación alemana general. Desde que Austria había asumido en Alemania, lo mismo que en Europa, la función de suprema garantía del orden, la política prusiana se había hallado en una posición contradictoria, no muy diferente de la lógica interna de la política de Napoleón III: la exigencia de modificar el equilibrio en beneficio propio chocaba inevitablemente con la de no alterar el orden social existente. Animaba a Federico Guillermo IV la voluntad de aumentar la influencia prusiana en Alemania, sin que ello implicase ninguna concesión al espíritu nacional alemán, ligado indisolublemente a las reivindicaciones liberales de la naciente burguesía. De ahí la incertidumbre de su política, que se manifestó llamativamente en 1848.

Ahí radica también el enorme significado del 1848 y el fracaso de la revolución burguesa en Alemania. En este país, como por lo demás en Italia, la burguesía asumió la iniciativa antes que se hubiesen dado las condiciones para su plena afirmación y, por consiguiente, pronto se vio obligada a llegar a un acuerdo con los estados dinásticos y con las fuerzas del viejo orden social. La Asamblea Nacional alemana que se reunió en la ciudad libre de Francfort el 18 de mayo de 1848 es ciertamente uno de los ejemplos de parlamento más brillantes de la historia, pero también uno de los más inconcluyentes: la augusta asamblea de intelectuales, funcionarios y capitalistas se abocó a redactar una constitución para toda Alemania, sin ocuparse de las fuerzas que Alemania habría debido crear. Con ello dejaron la política exterior en manos de los estados dinásticos y consignaron a estos la revolución alemana. Fue en vano que la izquierda democrática de Arnold Ruge y de Karl Vogt —a quienes se unía Karl Marx, fuera del Parlamento— pidiera una alianza con Francia para derrotar al zarismo, que hizo en realidad la contribución decisiva a la derrota del movimiento revolucionario europeo.

Mientras en Francfort se discutía, en Viena, en Italia y en Hungría se sellaba la suerte de la revolución. "Al comienzo de la revolución esta Asamblea constituía un espectro para todos los gobiernos alemanes. Estos, por el simple hecho de no haber establecido límites, esperaban de ella una verdadera acción dictatorial y revolucionaria. En consecuencia, los gobiernos prepararon una serie de intrigas para reducir la influencia de este organismo tan amenazador; pero estas tuvieron más suerte que valor, pues la Asamblea cumplió los fines de aquellos mejor de lo que ellos mismos habrían podido hacerlo." Estas palabras de Marx resumen bien el ciclo vital de la asamblea de Francfort, que cesó de existir como órgano político en el momento en que los reyes de

Prusia y de los otros estados alemanes retiraron sin oposición las concesiones efectuadas en la primavera.

Esta evolución de los acontecimientos del 48 en Alemania es común a toda Europa, una vez que las jornadas de junio en París demostraron que, por lo menos en Francia, existía una nueva clase que no estaba dispuesta a limitar el alcance de la revolución al ambito de las formas estatales deseadas por la burguesía. Por lo demás, aunque sacudidas, las fuerzas del absolutismo habían mantenido —al consolidarse nuevamente la monarquía de los Habsburgos— mucho de su poder: había, después, muchos buenos motivos para que las diversas burguesías buscasen un entendimiento con el absolutismo, dejando para mejor oportunidad la solución de los problemas que con tanta energía se habían planteado en la primavera. Surgieron así las condiciones para una estabilización de la situación europea, sobre la que velaba Nicolás I, genuino campeón del absolutismo; y también surgieron las condiciones para el ascenso de hombres como Luis Bonaparte o el príncipe de Schwarzenberg, tan distintos uno del otro, pero aunados en la función de restaurar el orden en Europa. La estabilización es menos duradera en los países donde 1848 no llegó a realizar la exigencia primordial de la burguesía, esto es, la formación de un Estado nacional: esta será la obra de Cavour y de Bismarck, pues ambos, aunque sea en forma distinta, serán ayudados por Napoleón III y equiparados a él en el papel de "albaceas testamentarios" de la revolución del 48.

Con todo, el fracaso de la burguesía nacional en Alemania es más serio y grávido de consecuencias que en otros países de Europa. El rechazo de la corona alemana ofrecida por el Parlamento de Francfort a Federico Guillermo IV marcó un momento crucial de la historia alemana (abril de 1849). El rey de Prusia lo justificó con razones ideológicas, es decir, con la exigencia del consentimiento de los príncipes alemanes; en realidad, Austria se hallaba nuevamente en condiciones que habrían impedido toda otra solución. Pero a partir de entonces la política prusiana ya no tiene délante la contradicción anterior al 48: el fracaso de la burguesía, su capitulación ante los principios, han abierto el camino a una política que se ajustará en lo sustancial a las reivindicaciones burguesas, pero cuya ejecución escapará por completo al control de la propia burguesía. Precisamente será este el núcleo de la revolución bismarckiana desde arriba.

El embajador Bismarck

A pesar de su fracaso, la revolución no podía menos que dejar alguna huella también en Prusia: a la Cámara de 1848 siguió un parlamento compuesto de una cámara basada en el censo y una cámara nobiliaria elegida por un complicado sistema que en la práctica disminuía notablemente los votos de las clases inferiores; se conservó una constitución en la que se reconocían, al menos formalmente, los principales derechos civiles. También en Prusia, pues, subsistió un mínimo de vida política y también los conservadores se vieron obligados a organizarse en partido político, a fundar un periódico, *Kreuzzeitung*, en el que hasta 1851 colaboró activamente el propio Bismarck, quien asimismo integraba la cámara nobiliaria. No obstante, se trataba de una constitucionalidad del todo aparente, que los conservadores teorizaban expresamente como tal, hasta el punto de que uno de sus representantes, Julius Stahl, una autoridad en derecho público, declaró en 1853 que la constitución prusiana era "una posibilidad, desde el momento en que no era ciertamente una realidad".

Tras esta fachada, en los años 1850-1858 la política interna prusiana se caracterizó por una durísima reacción: el poder efectivo lo ejercía la camarilla reaccionaria de los von Gerlach; la vida del país se hallaba sometida a un oprimente régimen policial; las elecciones, ya indirectas, se reducían a una farsa; los privilegios y la posición social de los *Junker* habían vuelto a una grado de esplendor solo comparable, según Marx, al del período anterior a 1807. La burguesía liberal prusiana podía soportar tal estado de cosas merced también al notable desarrollo económico que caracterizó la década del cincuenta; en efecto, este período fue verdaderamente decisivo para la instauración y difusión del capitalismo en Alemania. Bajo el impulso de la coyuntura mundial favorable, estimulada por el descubrimiento de oro en California y en Australia, la economía alemana dio un gran salto adelante, sobre todo gracias al encauzamiento de la acumulación de capital en la industria pesada. Alemania superó ampliamente a Francia en la producción de carbón y en la extensión de la red ferroviaria, mientras que la industria textil, ya floreciente, proseguía sus planes. Semejante desarrollo debía necesariamente fortalecer las reivindicaciones en pro de la unidad nacional, sobre todo en Prusia, que seguía siendo el centro principal del desarrollo capitalista.

Sin embargo, luego de los sucesos de 1848 la política exterior del gobierno de Manteuffel siguió moviéndose en el surco anterior a esa fecha, en el sentido de procurar nuevamente un aumento de la influencia prusiana en Alemania operando en un ámbito exclusivamente dinástico. Era natural que, siguiendo esa línea, la política prusiana tropezase con la resistencia de Austria, rápidamente recuperada bajo Schwarzenberg del desquicio del 48, y que se proponía restaurar la Confederación y con ella su propia hegemonía sobre Alemania, apoyada en esto por el azar. En tales condiciones Prusia hubo de reconocer el predominio austríaco en Alemania, con la "humillación de Olmütz". Este fue ciertamente un golpe bastante rudo para las miras prusianas y también para las aspiraciones unitarias de la burguesía alemana, que, por lo menos en su mayoría, había encomendado a Prusia el papel de guía; mas era también la conclusión lógica de una política exclusivamente dinástica que no podía subvertir las relaciones de fuerza existentes.

Sin embargo, la camarilla prusiana y los *Junker* no quedaron del todo descontentos con la solución a que se llegó en Olmütz: con una visión limitada de sus intereses de clase, podían darse por satisfechos de la hegemonía austríaca en Alemania. Consideraban que el repligue prusiano serviría igualmente para mantener el absoluto predominio interior de ellos. Era una visión miope, que contaba con la perpetuación de las condiciones del momento, ideales para la reacción; pero era también la visión de Bismarck, quien defendió lo actuado por el gobierno —que había aceptado las condiciones austríacas rechazando la alternativa de la guerra— tanto en artículos en la *Kreuzzeitung* como en discursos parlamentarios. Bismarck quiso posteriormente distinguir su propia posición de la cerradamente conservadora de la camarilla, afirmando en sus memorias que "el estado de los ánimos y las cosas en Prusia en esa época no se hallaba maduro para que esta nación pudiese asumir la dirección de Alemania en la paz y en la guerra". Este juicio lleva, por cierto, el sello del típico realismo de Bismarck, en el sentido de que responde a una correcta valoración de la situación alemana de 1850; pero, para ser admisible, deja traslucir demasiado el deseo de justificar *a posteriori* la propia actuación, tanto más cuanto que la defensa del tratado de Ol-

1. Un grabado de Epinal Sobre la batalla de Sadowa (Arborio Mella).

2. El príncipe heredero de Prusia y su estado mayor en la batalla de Sadowa. De un grabado (Arborio Mella).

En la página siguiente:

1. Bismarck en el Parlamento de Alemania del Norte, según un número de Figaro *de 1870* (Arborio Mella).

2. Una caricatura francesa. Bismarck con el título de Bismarkoff I (Arborio Mella).

1

2

mütz le reportó a Bismarck ventajas personales.

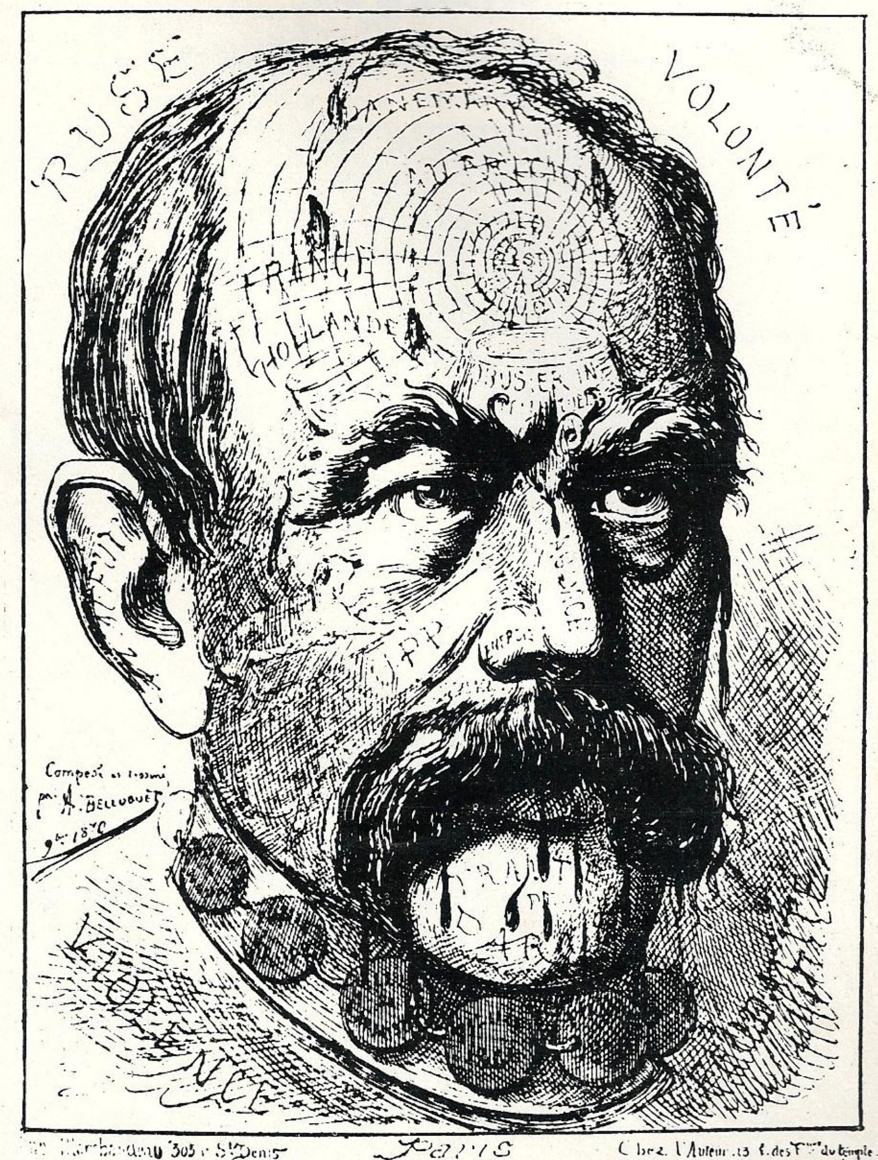
En efecto, en 1851 fue designado representante de Prusia ante la Dieta Federal de Francfort, puesto que ocupó hasta 1859. Se trata de un período fundamental en la carrera política del futuro canciller. Francfort era un observatorio importantísimo de los acontecimientos alemanes y también un centro clave para la determinación de la política exterior prusiana. Fue allí donde Bismarck salió por vez primera del marco estrictamente *Junker*-prusiano. Los frecuentes viajes por toda Alemania —esos interminables viajes por ferrocarril por los cuales sentía un gusto especial— y por el exterior le permitieron adquirir un muy vasto conocimiento de hombres y situaciones. Además, su experiencia previa de participación directa en la vida política, aparte de sus condiciones naturales, le permitieron destacarse en el mundo diplomático. En este período Bismarck adquirió una gravitación apreciable, superior ciertamente a su posición subalterna. Asimismo, la experiencia diplomática contribuyó a hacer que valorase la importancia de la política exterior, no sólo como medio de afirmar el poderío de Prusia, sino también como instrumento para la conservación o la ruina de un determinado orden social.

Está posición personal surge claramente en las discusiones que se desarrollaron en el seno de la clase dirigente prusiana en ocasión de la guerra de Crimea, librada por Francia e Inglaterra aliadas al Imperio Otomano contra Rusia. En esta conmoción europea posterior al 48 —la que puso término a la hipoteca reaccionaria rusa sobre el equilibrio internacional—, Austria asumió una actitud neutral que de todos modos tuvo un sentido esencialmente filooccidental. En Prusia un ala moderadamente liberal de la nobleza —la llamada *Wochenblattpartei*, por el órgano periodístico que apoyaba su posición— se pronunció por una intervención a favor de los anglofranceses; a esta corriente de opinión adhirió también el príncipa de Prusia, que empero no era por cierto liberal, movido por el deseo de una afirmación prusiana de cualquier tipo. Por el contrario, el gobierno de Manteuffel aceptó en lo sustancial la neutralidad impuesta por Austria a la Confederación Alemana, aunque procurando atenuar su connotación antirrusa. Bismarck iba todavía más lejos en esa dirección, procurando inducir al gobierno a asumir una posición más claramente filorrusa disociándose de las responsabilidades austríacas en el enfrentamiento a Nicolás I, y enviaba una lluvia de despachos en tal sentido al gobierno de Berlín.

Bismarck trató más tarde de subrayar esta discrepancia suya con el gobierno de Manteuffel diciendo haber experimentado "vergüenza y amargura" al ver que Prusia, "ante las pretensiones de Austria, ni siquiera



1



BISMARKOFF 1ER.

Le masque libéral trempé d'Hypocrisie

2

presentadas en forma cortés, renunciaba a toda política propia". En realidad, es probable que la distancia entre Bismarck y el gobierno haya sido mucho menor. Lo cierto es que el representante prusiano en Francfort fue madurando en este período una convicción que lo llevó a mudar por completo las posiciones asumidas en ocasión del tratado de Olmütz. En efecto, llegó a la conclusión de que Prusia y Austria debían por necesidad entrar en conflicto por la hegemonía alemana, y de que la política prusiana tenía que perseguir conscientemente este objetivo: "Alemania es demasiado pequeña para las dos [. . .] Las dos aramos y disputamos el mismo campo, y Austria sigue siendo el único Estado con el que siempre tenemos que perder o que ganar [. . .] El dualismo alemán de mil años largos ha dado lugar a luchas intestinas que desde los tiempos de Carlos V en adelante han recrudecido regularmente en cada siglo; Alemania ha resuelto mediante estos conflictos los problemas que dicho antagonismo determinaba en lo interno; asimismo en el presente siglo solo este medio podrá hacer que el reloj de nuestra historia marque la hora exacta". Esta conclusión tiene gran significación para la evolución política de Bismarck: si bien maduró exclusivamente en el plano diplomático, sus implicaciones afectan toda su posición política. La conciencia de la inevitabilidad de un conflicto con Austria suponía el abandono de las posiciones más cerradamente *junkeristas* y, por ende, una alianza con todas las fuerzas que podían aumentar el poderío prusiano, ya se tratase de las aspiraciones nacionales de la burguesía alemana o de los gobiernos extranjeros. Según escribiría a Leopold von Gerlach, "la regla de mi conducta no la derivo de rancias antipatías sino solo del perjuicio o de la utilidad para Prusia que de ella espero". De ahora en adelante este será el criterio fundamental de la acción de Bismarck; sólo cabe agregar que él se reservaba la interpretación exclusiva de lo que consideraba "útil" o "perjudicial" para Prusia.

La importancia de este cambio en las posiciones de Bismarck la confirma el hecho de que en seguida se produjo el distanciamiento respecto de la camarilla de la corte, y en un momento crucial, es decir, cuando aquella luchaba por conservar sus propias posiciones durante la complicada sucesión de Federico Guillermo IV por Guillermo I. Este proceso, que se desarrolló en varias etapas, tuvo un significado superior a los límites dinásticos del acontecimiento: al producirse en una atmósfera europea caracterizada por una prosperidad económica general y por un auge liberal que siguió a la derrota rusa, dio lugar a una inversión de tendencia incluso en la política interna de Prusia, al punto de merecer el nombre de "nueva era".

Al gabinete de Manteuffel siguió el de Karl Anton von Hohenzollern-Auerswald, en el que entraron también algunos representantes de la *Wochenblattpartei*. Sin embargo otra vez, como en 1848, el resurgimiento liberal sólo se produjo en la medida en que lo permitieron la dinastía prusiana y las fuerzas conservadoras: el nuevo soberano, tras la derrota sufrida durante la guerra de Crimea, no podía menos que liberarse de la camarilla. Por lo demás, cada vez resultaba más evidente que el dominio de clase de los *Junker* no podía seguir ejerciéndose en las formas adoptadas hasta entonces. El haber comprendido a tiempo esta realidad le valió a Bismarck la posibilidad de salvarse en la nueva situación, abandonando las viejas amistades y arrimándose a los conservadores que, como el ministro de guerra, von Roon, se había sumado a la nueva combinación fiados en el conservadorismo esencial de Guillermo I, apenas velado por una honesta y también bastante obtusa fe en el constitucionalismo aparente de los años precedentes.

En los primeros meses de 1859 Bismarck fue nombrado embajador en San Petersburgo, es decir, un destino bastante importante, pero alejado de Berlín y ciertamente no tan neurálgico como Francfort. Desde Rusia Bismarck no dejó de seguir con creciente interés la política prusiana, tratando de mantener fuertes vínculos con von Roon en un período nuevamente crucial de la política europea, en el cual la guerra franco-piamontesa contra Austria introdujo una nueva y muy importante modificación en el orden establecido después del 48.

Durante la guerra de Italia, Prusia se mantuvo esencialmente pasiva, no obstante los temores que toda iniciativa francesa suscitaba en Alemania respecto de la margen izquierda del Rhin. En cambio, la opinión liberal se agitaba entre el temor a Francia y la solidaridad pangermana, por un lado, y las simpatías por el movimiento nacional italiano, por el otro. El resultado de la neutralidad prusiana y de las incertidumbres de la burguesía alemana fue, sin embargo, la consolidación en Alemania de la aspiración a la unidad nacional bajo la guía de Prusia. En este período surgió el *Deutscher Nationalverein*, que, a imitación de la *Società Nazionale* fundada en Italia en 1857, se proponía precisamente difundir la idea de la hegemonía prusiana.

Otra consecuencia del 59 fue la de inducir al gobierno prusiano a reforzar el ejército mediante una prolongación del período bajo banderas (de dos a tres años) y un fortalecimiento de su organización, medidas que requerían un notable incremento de los gastos. La reorganización del ejército, si bien se justificaba objetivamente por la necesidad de adecuar las posibilidades prusianas a las exigencias que el desarrollo económico y técnico planteaba en el plano militar, se inspiraba también en el evidente deseo de preservar el poder de los *Junker*, amos del ejército, en el Estado prusiano. Este aspecto clasista determinó el origen del conflicto constitucional entre el *Landtag* y el gobierno; en efecto, impidió a los liberales prusianos aceptar una reforma que con todo era necesaria, sobre todo si se la vinculaba con las exigencias de la anhelada unificación. De ahí, más bien que de su tradicional timidez al enfrentar a los *Junker*, las vacilaciones de la mayoría liberal que en 1860 se avino a votar un presupuesto provisional que permitió a von Roon emprender concretamente la reorganización militar. Con ello la suerte del conflicto estaba echada desde un principio, por más que la agitación contra los proyectos del ministerio de guerra aumentase hasta el punto de servir de base para la formación de un nuevo partido, el progresista, y de otorgarle mayorías parlamentarias aplastantes en las diversas elecciones que siguieron a las repetidas disoluciones del *Landtag*. A esta altura, el problema de la reforma militar había sido superado y se planteaba, a los *Junker* y a la Corona, el de gobernar sin el Parlamento, ya que en marzo de 1862 el ministerio de Hohenzollern-Auerswald se desintegró justamente por la indecisión de algunos de sus miembros para llevar hasta el fin la lucha con el Parlamento.

En este momento comienzan para Otto von Bismarck meses de angustia. Durante el conflicto, él había apoyado decididamente a von Roon y había sido un propugnador convencido de la necesidad de proceder hasta las últimas consecuencias. Incluso en una carta de 1861 Bismarck había indicado claramente el modo en que consideraba que podía resolverse el conflicto constitucional: "Sólo un cambio de nuestra posición *en el exterior* puede en mi opinión librar a la Corona en el orden interno de las agresiones a las que de otro modo a la larga no resistirá, por más que yo no dude de la suficiencia de los medios [. . .] Somos casi tan ambiciosos como los franceses; si podemos persuadirnos de tener reputación en el exterior, en casa nos adaptamos fácilmente a muchas cosas [. . .]." Y este será justamente el rumbo que seguirá como jefe de gobierno, tras haber impuesto a Prusia un régimen antiparlamentario.

En marzo de 1862 fue llamado de San Petersburgo a Berlín donde permaneció algún tiempo esperando un nuevo destino diplomático o ser llamado al gobierno. Bien entrada la primavera fue designado embajador en París, pues Guillermo I no se decidía a que formase gobierno un convencido propugnador de la necesidad de llevar el conflicto con el Parlamento hasta sus últimas consecuencias.

La estadía en París fue sumamente penosa para Bismarck y reveló otro rasgo fundamental de su carácter: la ansiedad febril. El embajador se consumía con la expectativa de llegar al poder y el 15 de julio de 1862 le escribió a von Roon una carta que deja traslucir la angustia de quien se siente

1. Retrato de von Moltke
(Arborio Mella).

2. Guillermo I de Prusia

3. Sitio y bombardeo de París
por el ejército prusiano.
En primer plano el rey de Prusia,
el general Moltke y el conde de Bismarck
(Arborio Mella).

4. Proclamación del Imperio en Versalles.
Detalle de un cuadro de Anton von Wermer
(Arborio Mella).

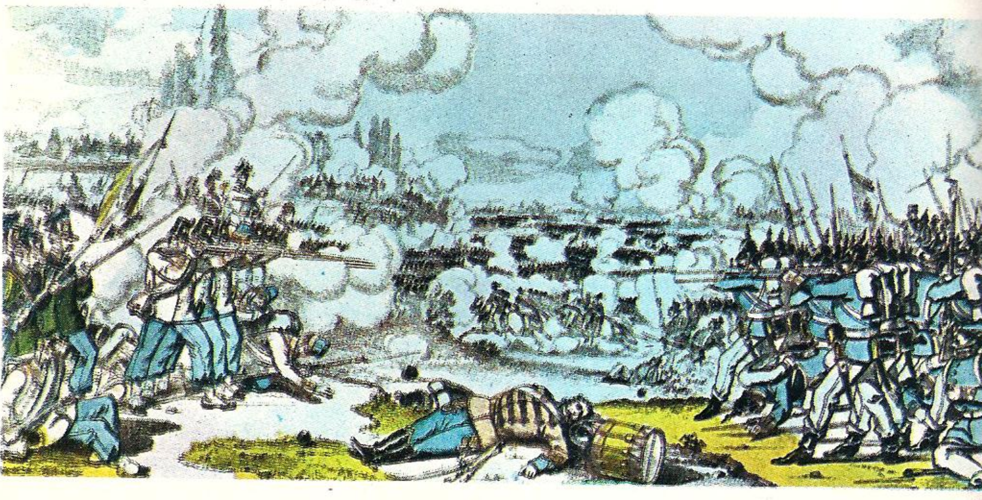
5. Regreso triunfal del ejército alemán
a Berlín después de Sedán
(Arborio Mella).

6. Unas niñas entregan coronas al rey
(Arborio Mella).



1

2

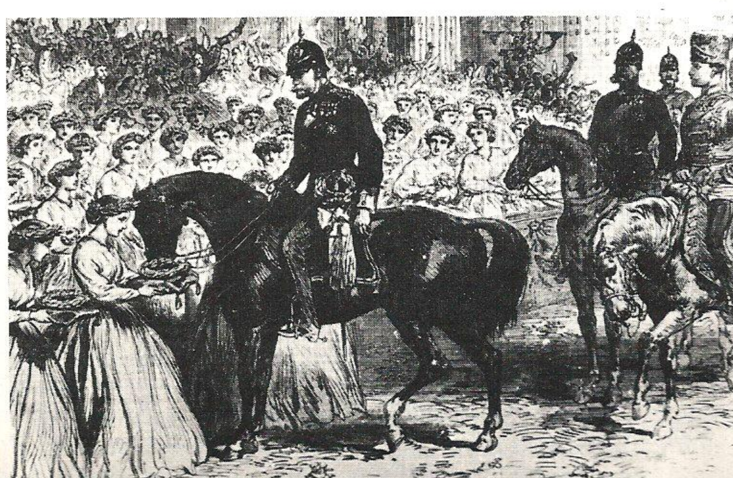


3

4



5



6

próximo a la meta que sin embargo no llega: "[. . .] tal vez Su Majestad no se decida nunca a llamarme; ni yo veo por qué deba justamente suceder después de transcurridas seis semanas en que ello no ha ocurrido. Pero no veo razón alguna para que yo deba tragar el polvo ardiente de París, bostezar en los cafés y en los teatros, o acaso instalarme de nuevo en el Hotel Royal de Berlín con ropajes de *dilettante* político; mejor pasar el tiempo en los baños".

El 18 de setiembre Bismarck es convocado a Berlín por un telegrama convencional de von Roon y el 23 de setiembre es nombrado presidente interino del consejo de ministros. Al referir en sus memorias —que sin embargo en tanto pasajes embelleció *pro domo sua* [en provecho propio]— el diálogo decisivo con Guillermo I, Bismarck es extraordinariamente sincero: "Logré persuadirlo de que para él no se trataba de conservadores o de liberales de tal o cual matiz, sino de gobierno monárquico o de predominio parlamentario, y que era absolutamente necesario impedir esto último, así fuese con un período de dictadura." Un período que justamente había de durar veintiocho años.

El revolucionario conservador

Mientras que los contemporáneos y los historiadores inmediatamente posteriores, fuesen apologéticos o críticos, han tendido a ver en la obra de Bismarck un hilo conductor bastante sólido y a relacionar sus acciones en función del objetivo por alcanzar según un plan preestablecido, la historiografía más reciente tiende, por el contrario, a no considerar este elemento y a poner de relieve la componente casual, por así decir, de los designios realizados por Bismarck.

Éste había comprendido que la unidad nacional alemana no podía ser evitada, que el capitalismo y la burguesía se habían convertido en una fuerza tal que en adelante ya no podría ser contenida dentro de los confines de los pequeños estados dinásticos. Por ende, el problema para él era ahora obrar de manera que la unificación alemana no fuese acompañada de una desaparición del poderío prusiano y evitar que el control del nuevo organismo estatal pudiese pasar a manos de la burguesía, relegando a la nobleza prusiana a una posición subalterna, aunque correspondiese al desarrollo objetivo de la sociedad germana. Para la realización de tal designio era necesaria una verdadera y genuina dictadura, y este aspecto es lo que equipara a Bismarck con Napoleón III, que logró imponer a la burguesía francesa su propio poder personal sólo con la condición de seguir sus presiones en materia de política exterior recurriendo a la demagogia plebiscitaria. Aquel programa había de realizarse solamente en parte, en el sentido de que los resultados obtenidos por Bismarck fueron bastante inestables y precarios y ni siquiera respondieron del todo a las premisas: en efecto, ninguna política conservadora puede impedir indefinidamente el desarrollo de la sociedad, a lo sumo torcerlo. Con todo, en el plano de de las intenciones, es innegable que puede aplicarse a Bismarck la divisa "es preciso que todo cambie para que todo siga igual". Cierto es que estas líneas directrices del programa de Bismarck nunca fueron objeto de una formulación orgánica, y que en sus escritos y discursos —todos adecuados a las circunstancias— pueden hallarse afirmaciones que las contradicen; pero Bismarck era un político puro, si jamás lo hubo, y sus ideas rectoras deben reconstruirse a partir de su acción y no de los escritos, que sin embargo son a menudo bastante eficaces aun en el plano literario. Para realizar su programa no vaciló en emplear ningún medio; preparaba con paciencia su acción y tomaba con rapidez sus decisiones, sabiendo casi siempre valorar con exactitud los puntos en los que podía ceder y aquellos en los que no debía echarse atrás.

Entre estos últimos debe contarse ciertamente el conflicto constitucional, en el que ya veía claramente que se hallaba en juego el ordenamiento del Estado prusiano. Valiéndose de un artículo de la Constitución que autorizaba al gobierno a recaudar los impuestos aun sin la aprobación parlamentaria del presupuesto, y de una capciosa teoría jurídica según la cual la falta de aprobación del presupuesto representaba una laguna en la Constitución y como tal debía ser salvada, Bismarck siguió gobernando sin hacer caso del Parlamento. Es este un momento fundamental en la historia de Alemania: al tolerar esta solución, aun con las mayores protestas, los liberales prusianos infligieron un golpe decisivo a la posibilidad de llevar a la realidad un Estado alemán parlamentario. Frente a la violencia del gobierno, no sólo no osaron apelar a una acción revolucionaria de masas, sino que también rechazaron la invitación de Ferdinand Lasalle a una acción más enérgica en el plano de la legalidad. No obstante ello, la lucha fue durísima y Bismarck logró prevalecer, no sólo por su energía, sino también porque desplazó el enfrentamiento al terreno de la política exterior. En este sector, su primer acto de gobierno fue apoyar a Rusia en la represión de la insurrección polaca de 1863. Así se manifestó en seguida una de las constantes de la política exterior de Bismarck: la amistad con Rusia, que aun con el relativismo necesario a todas las "amistades" diplomáticas —y en particular a las de Bismarck— jamás se amenguó. Es cierto que en esta relación constante había una componente ideológica, dado que Rusia siguió siendo, hasta la caída de Bismarck y aun después, un baluarte del conservadorismo en Europa; además, Prusia y Rusia poseían intereses objetivamente coincidentes en la cuestión polaca, hasta el punto de que los liberales prusianos, si bien no aprobaban la política del gobierno en 1863, se guardaron bien de apoyar la insurrección.

Por otra parte, una política filorrusa se avenía a los propósitos antiaustríacos de Bismarck, que tuvieron principio de realización también en el verano de 1863, con el sabotaje prusiano a la Conferencia de los Príncipes convocada por Francisco José en Francfort, con vistas a una reforma de la Confederación Alemana. En esta ocasión se produjo un fuerte enfrentamiento entre el presidente del consejo de ministros y Guillermo, el primero de una serie que habría de poner duramente a prueba las aptitudes del canciller. El soberano era reacio a infringir la solidaridad monárquica para favorecer los propósitos antiaustríacos de su ministro. En esta actitud puede apreciarse el "realismo" de Bismarck y su capacidad de liberarse de los prejuicios de su clase, que eran en el fondo los del rey. Los conflictos entre Bismarck y Guillermo I serían casi siempre de esta índole, ya se tratase de las condiciones de paz que se impondrían a Austria en 1866, ya de la participación parlamentaria apenas simbólica en el procedimiento de formación del *Reich* en 1871: por un lado, la visión limitada, y a menudo también más honesta, de un reaccionario convencido, y, por el otro, la capacidad de adecuación a la realidad y la falta de prejuicios de un conservador con las amplias miras capaces de favorecer sustancialmente los intereses del conservadorismo. También la solución de este enfrentamiento es bastante típica: la prevalencia de Bismarck se hará cada vez más fácil a medida que los éxitos vayan consolidando su prestigio. Estas primeras iniciativas del canciller en materia de política exterior no redujeron la oposición del Parlamento en el conflicto constitucional, el cual llegó a su fase más aguda en 1863. Fue el mismo Bismarck quien —de acuerdo con su programa y con toda la violencia de su carácter— empujó las cosas en esa dirección: en setiembre de ese año el gobierno dictó, con carácter obligatorio, normas que cercenaban la libertad de prensa, lo que motivó una reacción tan viva que, al cabo de unos meses, el decreto debió ser revocado. Al mismo tiempo, Bismarck procuró quebrar la resistencia de los progresistas buscando aliados entre todas las fuerzas políticas que pudiesen prestarle ayuda. En este marco entran también los contactos que tuvo en ese período con Ferdinand Lassalle, los que, si bien no tuvieron consecuencias políticas inmediatas, dejaron en Bismarck una huella duradera.

En 1862 Lassalle había iniciado una intensa actividad que, partiendo de una severa crítica de la política seguida por la burguesía prusiana en el conflicto con el gobierno, había de llevar a la constitución de un partido autónomo de los trabajadores. Bismarck tartó de servirse de esta nueva fuerza política —lográndolo sólo a medias

debido a la muerte prematura de Lassalle— mediante el señuelo compensatorio de una especie de Estado social autoritario, en el que los trabajadores habrían renunciado a su autonomía política a cambio de ventajas de tipo corporativo.

Es evidente que una relación de este tipo sólo pudo darse en el plano del realismo más expeditivo, es decir, en un terreno particularmente conforme a la modalidad de Bismarck, quien aprendió de esta experiencia a valerse de la demagogia más desembozada. Para un noble prusiano no era este un resultado de poca monta, sobre todo si se piensa que este aspecto demagógico se desarrollaba frente a un proletariado moderno y que, por consiguiente, debe ser considerado bajo una luz totalmente distinta de, por ejemplo, la relación de tipo reaccionarino - paternalista que había vinculado a Bismarck con sus campesinos de Schönhausen en 1848. Así fue como de estos contactos salió ganancioso Bismarck, ya que el movimiento lassalliano por largo tiempo se resintió de cierta subordinación respecto del gobierno prusiano, aun si en el plano inmediato los resultados fueron escasos.

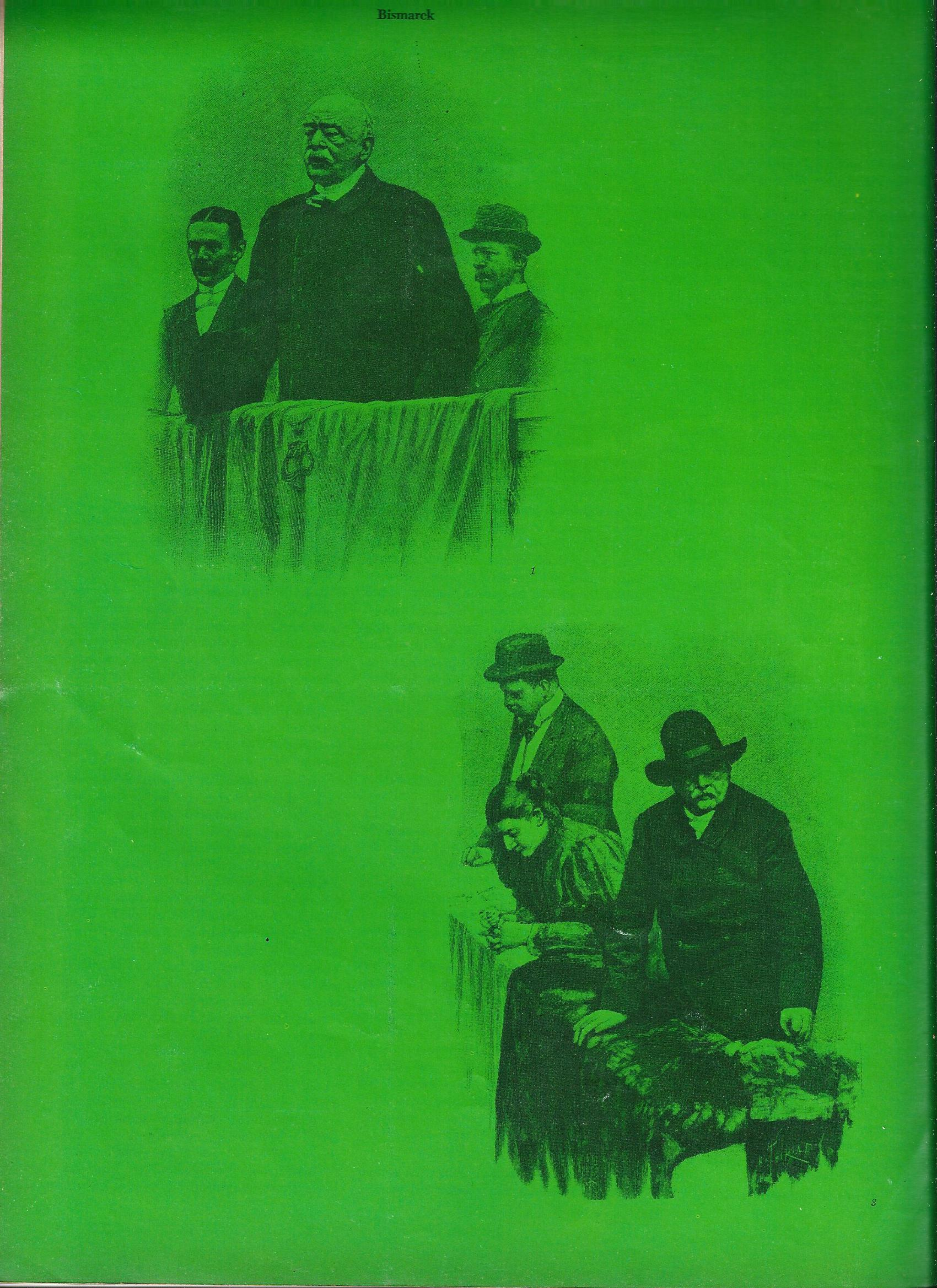
Una ayuda mucho más concreta en la lucha constitucional había de aportarle a Bismarck la anexión, a fines de 1863, de Schleswig y de Holstein por parte de Dinamarca, en violación del tratado de Londres de 1852. A partir de ese momento la política exterior fue el campo principal de actividad del canciller. Este hecho debe tenerse presente cuando se habla de la "primacía de Bismarck en la política exterior", en el sentido de que la solución de las cuestiones internacionales fue el instrumento mediante el cual logró conservar un determinado orden interno. El propio Bismarck no dejaba de tener conciencia de este vínculo entre la política internacional que debía conducir a la unificación alemana y el ordenamiento interno de Prusia: inmediatamente a la anexión de los ducados por Dinamarca, Bismarck sostuvo una violenta polémica con el conde Golz, embajador en París, quien preconizaba la necesidad de una acción confederal contra Dinamarca, según también lo quería la opinión liberal alemana, convencida de que esta era la solución que mejor respondía al espíritu nacional, siempre sumamente sensible a las sugestiones medievalistas de los *avulsa imperii* —los territorios alemanes arrancados a la soberanía del Sacro Imperio Romano—, solución que habría llevado a entregar los ducados a la dinastía alemana de los Augustenburg. En una carta a Golz de fines de 1863 Bismarck escribió: "Yo le manifiesto rotundamente la consideración de que una 'cuestión en sí sencillísima de política prusiana' resulta oscurecida por el polvo que levanta la cuestión dinamarquesa y por los nebulosos fantasmas que a ella se vinculan. La cuestión de si somos una gran potencia o un Estado federal alemán, y si debemos ser gobernados, según la primera condición, monárquicamente, o según la segunda, por medio, como naturalmente se entiende, de profesores, de jueces de distrito y charlatanes de ciudad provinciana. La caza que desde 1840 damos al fantasma de la popularidad en Alemania nos ha costado nuestra posición en la nación germana, y esta posición no la recuperaremos dejándonos arrastrar por la corriente con la idea de dirigirla, sino solamente afirmándonos sobre nuestros pies y siendo *primero* gran potencia y *después* Estado federal [. . .] Usted cree que en la opinión pública alemana, en las cámaras, en los periódicos, etcétera, hay algo que nos podría sostener y ayudar en una política de unión y de hegemonía. Estimo que es este un error radical, un sueño de la fantasía. Nuestro fortalecimiento no puede venirnos de una política parlamentaria y de prensa cualquiera, sino sólo de una política armada, de gran potencia; y no poseemos suficiente fuerza de resistencia como para dejar que naufrague, con una falsa orientación, por los discursos y por los Augustenburg." Resulta aquí claro que la política de gran potencia que Bismarck se proponía ejecutar para unificar a Alemania se hallaba subordinada a la estructura interna del Estado prusiano, y que el sentimiento nacional alemán debía ser utilizado sólo en la medida en que no incidiera sobre dicha estructura.

Toda la acción de Bismarck con respecto a la cuestión de los ducados se inspiró en este principio. El primer problema que debió afrontar fue el de obtener la adhesión austríaca a una acción contra Dinamarca, evitando la intervención de la Confederación. Lo logró, en parte gracias a la convicción austríaca de poder mantener el sistema dualista en Alemania, pero sobre todo porque Austria tenía necesidad de no quedar aislada para no perder a Venecia y las restantes posesiones italianas. La derrota militar de Dinamarca por obra de los austro-prusianos representó, en el fondo, la parte relativamente más fácil de la operación, dada la negativa inglesa a intervenir del lado de los dinamarqueses y el favor ruso que Bismarck supo granjearse. En el verano de 1864 el problema de los ducados quedaba ya resuelto en su fase militar; quedaba la gran cuestión de la suerte definitiva de ambos territorios. Cabe discutir si Bismarck tuvo desde un principio la intención de llegar hasta la anexión o si tal convicción fue madurando en él gradualmente. En realidad, el problema es bastante secundario: la anexión era sólo una consecuencia lógica de haber planteado rigurosamente el problema en el plano de la pura política de poder, tras haber rehusado no menos rigurosamente toda concesión al espíritu nacional.

La solución de la administración en común habría de resultar una continua fuente de fricciones entre Austria y Prusia: la guerra sólo pudo ser evitada mediante la convención de Gastein, con la cual Austria quedó completamente excluida de Schleswig, en tanto que Prusia se reservaba una serie de derechos sobre Holstein, relacionados con la adquisición del puerto de Kiel, de importancia nada despreciable para la burguesía prusiana. Esta intromisión prusiana en el territorio controlado por Austria —a la que siempre preocupaba más Venecia— permitía a Bismarck escoger el momento de lanzarse al choque definitivo. Por otra parte, con el tratado de Gastein, además de violar un principio de derecho internacional tradicional según el cual los ducados debían permanecer siempre *up ewig ungedeelt* (siempre unidos), se excluía para siempre la solución nacional; por eso estaba justificado el comentario del conde Golz: "La convención de Gastein nos empuja cada vez más lejos por el camino del engaño, la violencia y el abuso." Pero era también la obra maestra de la diplomacia de Bismarck, quien, además de constreñir a Austria a una posición desfavorable, había debido superar también las dificultades derivadas de la situación interna alemana, en la que la anexión era considerada como la peor solución, a la que ni el propio Guillermo I se hallaba del todo bien dispuesto.

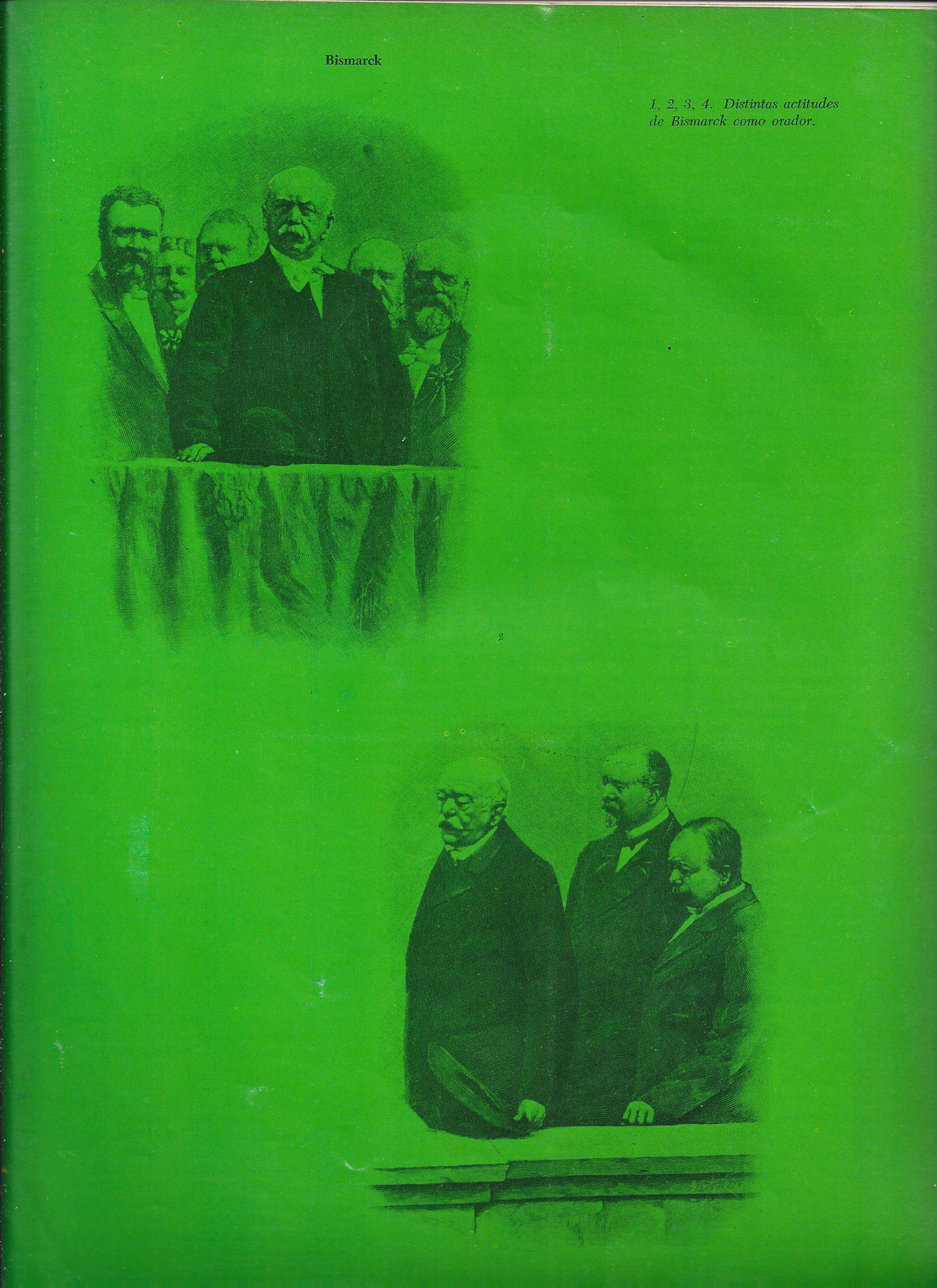
El éxito de 1864-1865 por sí sólo no le había bastado a Bismarck para resolver el conflicto constitucional prusiano, aunque no faltaron señales de una predisposición de los liberales a un compromiso: la ratificación, por parte de la "Sociedad Nacional", del propio programa de unificación bajo la égida de Prusia equivalía a convalidar los métodos de Bismarck, que en seguida se orientaron a preparar el choque con Austria.

El dato fundamental de la situación europea en ese momento consistía en la sustancial pasividad, demostrada patentemente en la guerra con Dinamarca, de Inglaterra y Rusia. En esas condiciones, la responsabilidad de conservar el equilibrio continental recaía por entero sobre Napoleón III, que contaba con un vuelco en la situación alemana que le diese la posibilidad de adquirir ventajas en la margen izquierda del Rhin y resolviese definitivamente el problema de Venecia. Por eso, en las conversaciones que mantuvo con Bismarck en Biarritz, en octubre de 1865, aceptó la perspectiva del ministro prusiano respecto de una acción decisiva contra Austria, a cambio de una promesa genérica de ventajas. Fue este marco internacional el que permitió a Bismarck librar siempre guerras limitadas. Todos los conflictos mediante los cuales se realizó la unidad alemana tuvieron ese carácter y llevaron a la solución de cada uno de los problemas que la intervención rusa de 1848 había impedido resolver. Los otros pasos preparatorios de la "guerra fratrici-



1

3



1, 2, 3, 4. Distintas actitudes de Bismarck como orador.

2

da" fueron la alianza con Italia y la propuesta de reformar la Confederación Alemana. El primero se cumplió entre suspicacias recíprocas y sólo fue posible merced a la intervención de Napoleón III, que aconsejó a Italia aceptar las propuestas de Bismarck. El segundo representó la aplicación en el plano internacional de la lección de demagogia aprendida de Lassalle y del bonapartismo. En efecto, Bismarck propuso la elección por sufragio universal de un parlamento pangermano, propuesta cuya función inmediata era predisponer favorablemente a Prusia la opinión liberal de Alemania del Sur. Pero se trataba también de la "revolución desde arriba", que se mostraba en todos sus alcances, impresionando a los observadores. "Nos movemos entre los contrastes más profundos. Queremos conciliar la antigua monarquía y su tradición con el sistema constitucional; queremos librar una guerra política en sentido tradicional con un ejército nacional. ¿Tiene la nación fuerza suficiente?", escribía Ranke en mayo de 1866. Mas si tales dudas eran explicables en el historiador, preocupado por las tradiciones prusianas, Bismarck no vacilaba en sus propósitos: en cuanto gran potencia, Prusia debía ser capaz de emplear todos los medios. Por eso extremó al máximo los roces en Holstein, haciendo inevitable la guerra. Austria y sus aliados de la Confederación fueron derrotados con suma rapdiez con la batalla decisiva de Sadowa. Napoleón, que había contado con una larga lucha que le habría dado posibilidad de intervenir, se impuso como mediador entre Austria e Italia y obtuvo la cesión de Venecia.

Ese fue el motivo principal de la moderación de Bismarck después de Sadowa, cuando se opuso a la intención del rey y de los militares de marchar sobre Viena y procuró convenir rápidamente la paz con Austria. Por lo demás, el objetivo de la "revolución" de Bismarck ya había sido alcanzado: él no quería la unificación alemana —que vendría como lógica consecuencia unos años después, ya decisivamente signada por la hegemonía prusiana— sino simplemente la afirmación de Prusia como la única gran potencia germana. En cuatro años de gobierno, Bismarck había dado un vuelco a la situación de Alemania, pero al mismo tiempo había logrado evitar que la situación interna prusiana fuese modificada sustancialmente: la revolución y la conservación habían hallado cierto equilibrio en esta primera etapa de su obra.

El canciller federal

La moderación que había mostrado Bismarck al negarse a proseguir la guerra, hasta el punto de plantear al monarca la alternativa de renunciar a su cargo —lo que llevó a Guillermo I a lamentarse de "haber sido dejado solo frente al enemigo"—, guió también su conducta en las negociaciones de paz, primero las preliminares, en Nikolsburg, y luego el tratado de Praga. La Confederación Alemana fue disuelta y los derechos austríacos sobre los ducados de Schleswig y Holstein pasaron a Prusia: Austria quedaba así excluida de Alemania, pero, a pesar de la pérdida de Venecia en Italia, mantenía su propia integridad territorial y su papel de gran potencia. Con ello se perfila otra constante de la política exterior de Bismarck: la hostilidad con respecto a Austria subsistía sólo en la medida en que ésta fuese una potencia alemana; superado este aspecto, Bismarck consideraba el imperio de los Habsburgos como elemento esencial de equilibrio europeo y como sostén necesario del poderío prusiano.

Naturalmente, al término del dualismo austro-prusiano siguió la completa hegemonía prusiana sobre Alemania: Prusia se anexó Hannover ,Nassau, Kuhressen y la ciudad libre de Francfort —que fue ocupada militarmente—, de una manera que no dejó ninguna duda sobre la naturaleza del poder prusiano. Además, la anexión de Hannover reforzó considerablemente la posición personal de Bismarck: los bienes del depuesto Jorge V fueron secuestrados por el gobierno prusiano con el pretexto de evitar toda tentativa de restauración por parte de los enemigos de Prusia —a quienes Bismarck denominó "reptiles", con una expresión que habría de hacer fortuna al designar como "fondo de los reptiles" esos bienes, a cuyas rentas el propio Bismarck recurriría con frecuencia, sin ningún control, para financiar operaciones de corrupción política nada insignificantes y casi siempre dirigidas contra adversarios personales (no por nada la administración del "fondo de los reptiles" fue confiada a Bleichröder, representante berlinés de los Rothschild y también banquero personal de Bismarck).

Prusia, junto con los territorios anexados, se unía a los estados al norte de Meno, en tanto que los del sur debían seguir siendo entidades internacionales independientes, aunque limitadas en modo considerable por los tratados militares que Bismarck, violando anticipadamente las cláusulas del tratado de Praga, había pactado con ellas.

Quedaba así constituido un ordenamiento territorial de Alemania profundamente inestable: pese a todas las posibles resistencias, la unificación parecía ahora inevitable, como inevitable sería en adelante que aconteciese de la manera elegida por Bismarck.

Esto quedó confirmado en forma patente poco después, en el otoño de 1866, cuando el *Landtag* prusiano votó un *bill of indemnity* [ley ratificatoria de legislación casi siempre *de facto*, que exime a los funcionarios de responsabilidad por la promulgación y aplicación de la legislación ratificada, hasta ese momento de constitucionalidad cuestionable —N. del T.—] por los actos inconstitucionales realizados por el gobierno durante el conflicto constitucional. Esta acción parlamentaria reflejaba una dislocación de las fuerzas políticas en Prusia, que a su vez representaba la conclusión de un proceso iniciado con la derrota sufrida por la burguesía prusiana en 1848. Ya la victoria sobre Dinamarca había revelado una tendencia a la conciliación en el seno del partido progresista; el proceso había continuado, acentuándose, hasta que la idea de un compromiso estable entre burguesía y *junkerismo* ganó la mayoría de las opiniones, sentando las bases de un nuevo partido, el nacional-liberal, que pronto habría de surgir de aquél. La base de este compromiso fue por cierto la política exterior, en el sentido de que la burguesía obtuvo satisfacción en el plano de la unificación nacional; pero respecto del problema del ordenamiento interno, tanto en Prusia como —según veremos— en la nueva Confederación del Norte el compromiso tuvo una base eficazmente sintetizada en la expresión del historiador liberal Baumgarten, según la cual "el burgués está hecho para trabajar, no para mandar".

Los liberales renunciaban al poder en el nuevo Estado alemán, a favor de la dictadura de Bismarck, a cuya sombra se prolongaba el poder de los *Junker*; se instauraba así una relación de subordinación estable entre el jefe del "ministerio del conflicto" y sus adversarios. Por otra parte, la estabilidad del compromiso de clase entre la burguesía y la nobleza iba a ser confirmada por la evolución paralela que se verificaría entre los conservadores, entre quienes sólo aquellos excluidos definitivamente del proceso capitalista rehusaron aceptar el compromiso de Bismarck, para permanecer aferrados a los mitos de la pureza *Junker*.

La consagración de este ordenamiento social se realizó en la Constitución de la Confederación del Norte, cuyos lineamientos fundamentales habrían de ser incorporados a la de la Alemania unificada. Según Bismarck, en el nuevo Estado alemán el poder ejecutivo debía quedar exclusivamente en manos de la Corona; el Parlamento y el sufragio universal —de los que no se podía prescindir— sólo debían tener ingerencia en la legislación. Por eso, en su proyecto constitucional el organismo central debía ser un *Bundesrat*, que, además de ejercer en el plano ejecutivo los poderes de la Confederación, debía participar también en la función legislativa, reduciendo ulteriormente los poderes del Parlamento. Dos elementos saltan inmediatamente a la vista en este ordenamiento —que en lo sustancial fue concretado—: en primer lugar, la repetición del esquema bonapartista, pues el sufragio universal no existía en los estados más liberales de Europa y sin embargo el *Junker* Bismarck no vacilaba en admitirlo, desde el momento en que no podía incidir realmente en la constitución material; por en-

de su función quedaba bien delimitada, aunque no suprimida del todo. El otro elemento consistía en la relativa carencia de poderes de la Confederación respecto de los estados miembros; se trataba en realidad de una supervivencia del regionalismo alemán —con todas sus implicaciones reaccionarias, la primera de ellas la persistencia del sentido de la *Obrigkeit* [autoridad, jerarquía] entre los ciudadanos—, pero también, dada la desproporción entre Prusia y los otros estados, de un elemento que aumentaba el peso prusiano en la combinación. A este ordenamiento —que respondía plenamente a las ideas de Bismarck— los liberales contraponían el del Estado parlamentario, fundado en la responsabilidad del gobierno frente al parlamento electivo. Dada la relación de fuerzas existente después del *bill of indemnity*, tal exigencia no tenía ninguna posibilidad de ser satisfecha, aun cuando en el parlamento de la Confederación la propuesta de instaurar la responsabilidad ministerial fue rechazada por pocos votos. El único resultado que fue posible obtener fue la aceptación de un proyecto del dirigente nacional-liberal von Benningsen que introdujo el principio de la responsabilidad del canciller federal ante el Parlamento. Era este un paso importante hacia el régimen parlamentario; sin embargo, no debe olvidarse que la necesaria "unión personal" entre los cargos de presidente del consejo de ministros de Prusia y de canciller federal colocaba a Bismarck en una posición netamente superior a la de todos los demás ministros, a tal punto que se ha asegurado que la propuesta de Benningsen partió de aquél. Aunque esto no haya sido del todo aclarado, lo cierto es que para Bismarck se trató de un compromiso aceptable, al extremo de que, pocos años después, en 1869, ante una renovada tentativa liberal de introducir el principio de la responsabilidad colegiada del gobierno, hizo de aquél una defensa muy propia de su estilo: "¡No aliviaréis los gastos de mis residencias proporcionándome ministros, ni, por otra parte, tenéis en mí un canciller dispuesto a aceptar un colega! Me apoyo en los derechos que me da la Constitución. Tal como fue instituida la cancillería federal la he aceptado. El mismo día en que fuese designado un colega, se convertiría en mi sucesor."

Una consecuencia importante de la adopción del sistema de la responsabilidad exclusiva del canciller fue el establecimiento de un solo órgano central, la Cancillería Federal, con la consiguiente centralización de todos los asuntos relativos en primer lugar a la Confederación del Norte y, en segundo, al *Reich*. Esto, al ampliarse la esfera de competencia del Estado central, había de convertirse con el correr del tiempo en fuente de notorios inconvenientes, pero Bismarck no aceptó nunca que se modificara sensiblemente el sistema, que juzgaba del todo adecuado a las exigencias de una estructura autoritaria como siempre siguió siendo para él la del Estado. La misma exigencia se impuso también a la solución de los problemas militares y financieros del nuevo organismoas estatal. Bismarck, aleccionado por la experiencia del conflicto [constitucional] cuando la reforma del ejército pudo realizarse también gracias a las rentas, quiso desvincular todo lo posible las finanzas de la Confederación, del presupuesto que debía ser aprobado por el Parlamento; por eso los ingresos federales se integraron sobre todo con las contribuciones de los estados, las gabelas y otros impuestos indirectos, y las tasas postales. Bismarck quería que el ejército —que fue prusianizado por completo— tuviese un presupuesto fijado de una vez por todas, de un monto que dependiese del número de sus efectivos, a su vez fijados en función del número de habitantes. La cuestión era demasiado importante, y demasiado recientes los episodios del conflicto prusiano, para que los liberales pudiesen ceder: se llegó a un compromiso basado en la aprobación periódica del presupuesto militar, que en 1874 se dispuso decidir cada siete años.

La constitución de la Confederación del Norte entró en vigencia el 1º de julio de 1867. No estaba destinada, por cierto, a suscitar simpatías en Alemania meridional, donde los demócratas comentaban irónicamente: "La constitución prusiana tiene tres artículos: pagar los impuestos, servir como soldado y callarse la boca." Si bien los partidos favorables a la unificación con el Norte ganaban terreno, seguía planteado el problema de la unidad. Bismarck procuró resolverlo recurriendo a un instrumento tradicional de la penetración prusiana en Alemania: la unión aduanera. Pero las resistencias eran demasiado fuertes para que se pudiese lograrlo con una maniobra por líneas interiores: la cuestión debía quedar en el plano de la política internacional. Y en este terreno era inevitable el choque con Francia.

Las ventajas conseguidas por Prusia en la guerra de 1866 habían aumentado la inquietud de la opinión francesa, qeu exigía compensaciones: el régimen napoleónico tenía necesidad de un éxito diplomático. En 1867 sus miras se dirigieron a Luxemburgo, que debía ser adquirido a Holanda. Bismarck dio su asentimiento a la operación, pero ésta suscitó una reacción violentísima del nacionalismo alemán, avivada por el propio canciller, que había aprendido a servirse muy hábilmente de la opinión liberal. Francia hubo de renunciar a la anexión y Luxemburgo quedó neutralizado. Poco después Napoleón III intentó una maniobra análoga en relación con Bélgica, con idéntico resultado.

Aparte de toda consideración sobre la dificultad intrínseca de una política del *pourboire* [propina, comisión], es decir, la de pedir compensaciones una vez que otro ya ha obtenido ventajas, en estas batallas Bismarck se presentó ya con el ropaje —que le sería habitual después de 1870— del hombre del éxito, del negociador habilísimo a quien ninguna combinación le está vedada, que lleva a las relaciones internacionales toda la fuerza de quien nada tiene que temer en lo interno. Por algo en su juicio sobre Napoleón III, de quien tanto había aprendido sin embargo, diría, con su escasa generosidad habitual, que "su inteligencia era apreciada en demasía a expensas de su corazón".

En estas condiciones la guerra era inevitable. Mientras Napoleón III trataba de promover una alianza con Austria y con Italia, Bismarck, más realista, buscaba un terreno propicio para el enfrentamiento, de manera de hacer definitivo el aislamiento francés. La oportunidad se la dio el ofrecimiento del trono de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, ofrecimiento que fue solicitado por el propio Bismarck, a quien costó mucho convencer a Guillermo I para que diese su consentimiento. La noticia de la aceptación del ofrecimiento español provocó una reacción inmediata: el embajador francés Benedetti fue a tratar directamente con Guillermo I, que se hallaba en Ems, y obtuvo, con gran contrariedad de Bismarck, que se retirase el príncipe Hohenzollern. No satisfecho con eso, Napoleón III pretendió que la renuncia fuese confirmada también para el futuro; el mismo Guillermo I no lo pudo admitir y despidió a Benedetti al tiempo que hacía comunicar telegráficamente lo ocurrido al propio canciller. Éste recibió la noticia mientras se hallaba todavía bajo el efecto negativo de la anterior renuncia y, según su versión, procuraba convencenr a von Moltke y a von Roon, durante una cena, de la necesidad de que presentaran sus renuncias; el telegrama devolvió de improviso el ánimo a los tres *Junker*. La ruptura entre Guillermo I y Benedetti volvía a hacer posible la guerra: agravando el sentido de la comunicación y, sobre todo, haciéndola difundir por la prensa, Bismarck la tornó inevitable. También en este caso la atribución de las responsabilidades sólo puede ser llevada hasta cierto punto: es seguro que con la candidatura española Bismarck creó conscientemente un peligro de guerra, pero es igualmente seguro que el chauvinismo francés y los intereses comerciales que estaban detrás de Napoleón III empujaron en la misma dirección.

La declaración francesa de guerra suscitó en Alemania una oleada nacionalista que superó la división entre la Confederación del Norte y los estados meridionales; en el Parlamento de la Confederación las partidas para la guerra fueron votadas por unanimidad. Sólo August Bebel y Wilhelm Liebknecht, representantes del partido de los trabajadores de inspiración marxista

1

1. *El último encuentro de Bismarck con el emperador de Friedrichsruhe.* (Arborio Mella).

2. *Retrato de Guillermo II (Snark).*

3. *Otto von Bismarck* (Arborio Mella).



2



3

surgido en 1869, se abstuvieron, sancionando con su actitud la inevitabilidad histórica del conflicto.

El entusiasmo nacional (según Bismarck, comparable a "un río que rompe los diques") unido a la superior eficiencia del ejército prusiano permitieron a las tropas alemanas una serie de victorias que llevaron a la capitulación de Sedán. Aunque la guerra prosiguió, la capitulación de Sedán marcó realmente el fin de una época, el fin de la primacía francesa en el espíritu europeo, con todas las implicaciones ideológicas que ella suponía, así como el advenimiento de una nueva mentalidad, a la que prontó acompañó en la conciencia de los contemporáneos la nueva civilización industrial, pese a que era su propulsor un hombre de los tiempos de antes, que de los nuevos había captado sólo el aspecto más duro, el de la eficiencia y la fuerza.

Precisamente en nombre de este espíritu, Bismarck necesitaba que la guerra fuese concluida antes de proclamar la unidad alemana, y también lo necesitaba para impedir la intervención de las potencias neutrales, entre las cuales, excepto Rusia, cobraban fuerza las corrientes francófilas. Procuró por lo tanto apresurar la rendición de París mediante el bombardeo de la ciudad, contra lo cual incluso en la propia corte prusiana hubo muchas resistencias, no ya —lo dice Bismarck mismo— "debidas a consideraciones políticas, sino a esos sentimentalismos por los que siempre se dejan arrastrar los espíritus alemanes cuando oyen el palabrerío de humanidad y civilización, términos importados entre nosotros de los ingleses".

El canciller del imperio

El 18 de enero de 1871, luego de concluido el armisticio con Francia, Guillermo I fue coronado en Versalles emperador de Alemania: se había cumplido la unificación alemana. La ceremonia fue fría y de carácter militar, y el hecho de que se celebrase en el territorio de la nación enemiga vencida dio al acontecimiento una amenazadora impresión de fuerza. Guillermo I estaba triste ese día: el viejo prusiano no experimentaba ningún entusiasmo por la "misión alemana" que habría podido significar la dispersión del núcleo tradicional en la entidad mucho más vasta. Tampoco demostraban mayor entusiasmo los príncipes, que sin embargo habían ofrecido la corona imperial al rey de Prusia: estaban tan poco convencidos que Bismark había tenido que hacer correr dinero del "fondo de los reptiles" para convencer al rey de Baviera, tras el cual se atrincheraban otros, de que adhiriese al *Reich*. Era tanta la miseria de los pequeños estados dinásticos alemanes que Bismarck podía presentarse, frente a los monarcas de éstos, como el moderno propugnador de la idea de la unidad alemana. En realidad, la diferencia no era por lo demás tan grande: incluso para Bismarck la unidad no era nada más que la consagración de la hegemonía prusiana, además de ser el coronamiento de su obra en el orden interno prusiano. Algunos meses después también el canciller habría de conseguir la misma consagración formal por parte del reino de Prusia: el *Landjunker* de la Vieja Marca recibió el título de príncipe. Al mismo tiempo su patrimonio personal se enriquecía apreciablemente con las conspicuas donaciones públicas destinadas a los "fundadores"; Bismarck supo adecuarse perfectamente al nuevo papel y se convirtió en un buen ejemplo del proceso que abarcó a parte de la nobleza prusiana, que, olvidada de las viejas tradiciones, se lanzó con desenvoltura a empresas capitalistas. El canciller concentró sus intereses en las industrias maderera y papelera; desde sus posesiones de Varzin una fábrica de papel proveía de formularios al servicio de correos imperial, mezclando con desenfado lo público y lo privado, cosa que también solía ocurrir con las operaciones del recordado banquero Bleichröder.

La evolución social del "fundador" se ajusta bien a la Alemania de los primeros años que siguieron a la unificación: la centralización administrativa y la libertad de circulación, juntamente con la lluvia de miles de millones provenientes de las reparaciones de guerra francesas, dieron un vigoroso impulso al desarrollo económico germano. Alemania se había convertido en un país capitalista, con predominio de la industria sobre la agricultura y con una difusión bastante amplia del capitalismo en el campo.

Se trataba, por lo tanto, de una sociedad civil en rápida evolución, a la que se superponía un ordenamiento estatal sumamente peculiar, puesto que la "revolución" nacional no había desembocado en Alemania en las formas usuales de las evoluciones nacionales contemporáneas. La Constitución del *Reich*, que —prescindiendo de una serie de concesiones al regionalismo bávaro— repitió los lineamientos fundamentales de la de 1867, representaba una mezcla híbrida de elementos típicos del Estado constitucional liberal y de estructuras absolutistas permanentes (la Corona, la administración, el ejército): una forma que yuxtaponía, sin fusionarlos, elementos nuevos y viejos. Por este motivo, también, la dialéctica entre los grupos sociales que operaban en el interior de esta estructura estatal era confusa y se hallaba distorsionada, y la constitución formal resultaba más inadecuada que en otros lugares para contener en sí la lucha política. En tal situación debían prevalecer por necesidad las posiciones adquiridas, y esto puede explicar en parte la permanencia entre los grupos dirigentes —y no siempre en posición subalterna— de los *Junker* y de la nobleza agraria, que rodearon a la gran burguesía capitalista ahora imperante.

Este carácter híbrido también se percibe en la proyección nacional del *Reich*: ¿se trataba de una Alemania prusianizada o bien el núcleo prusiano se había disuelto en el contexto pangermano, más amplio? La respuesta no es fácil: el vacío cultural que acompañó, luego del gran impulso de la primera mitad del siglo, al proceso de unificación haría inclinarse por la primera solución, también sugerida por la prevalencia de los sistemas administrativos prusianos en toda la vida estatal. Ello no obstante, no cabe discutir que había surgido una nueva entidad: el fondo prusiano subsistía —y esto será determinante para el futuro de Alemania—, pero la fuerza disruptiva del desarrollo capitalista había de atemperarlo y atenuarlo gradualmente.

En el ápice de esta compleja construcción se hallaba un hombre de 55 años, poseedor de un inmenso prestigio aunque no de una verdadera popularidad, cuyo poder personal y cuya obra eran ferozmente atacados. Como suele suceder con los dictadores, también se ha dicho de Bismarck que, si se hubiese retirado en 1871, el juicio acerca de él habría debido ser más positivo. Pero, aparte de toda consideración sobre juicios de esta índole, Bismarck era un hombre para quien la palabra dimisión equivalía a despido; por eso, después de 1870, él, que en la década precedente había empeñado toda su energía en modificar el mapa de Europa para conservar el orden existente en Prusia, dedicó otros veinte años de su existencia esencialmente al mismo objetivo, pero habiendo renunciado ahora a la máscara del revolucionario.

Esta finalidad del equilibrio alcanzado en Alemania con la constitución del *Reich* fue casi excluyente, en el sentido de que el canciller permaneció fundamentalmente ajeno a la notable actividad legislativa que posibilitó en el terreno jurídico la unificación, actividad que fue obra del *Reichstag* y, en el orden administrativo, de Delbrück —el mejor de los colaboradores de Bismarck—, qiuen pese a no haber llegado nunca a ser ministro logró reunir en sus manos una serie de funciones muy importantes.

Por otra parte, para conservar su propio poder y el ordenamiento de clases surgido de la unificación en una sociedad que se transformaba continuamente, en la cual se perfilaba asimismo la constitución de un movimiento obrero sólidamente organizado, y un Estado en el que, bien o mal, seguía existiendo no obstante un parlamento, el canciller debía procurar conservar su mayoría. Pero Bismarck, a diferencia de los dirigentes liberales del siglo pasado, no creía ni en el parlamento ni en los partidos, a los que consideraba enemigos del orden por él constituido: "Estoy convencido de que el mal no proviene del Gobierno sino de este acceso de luchas intestinas y odios de partido que es propio del carácter alemán. En

efecto, tenemos nada menos que ocho fracciones, ninguna de las cuales puede por sí sola formar mayoría ni se halla en condiciones —aun uniéndose a las agrupaciones más afines— de presentar un programa positivo. En el terreno de la negación respecto del actual gobierno, respecto de lo que yo realizo en pro de la nación alemana, evidenciando mi sentido del deber y sacrificando mis mejores energías, en este terreno de negación una mayoría se forma pronto, pero luego ¿qué sabéis hacer de positivo?" —declaraba Bismarck al *Reichstag* en 1881.

Así se comprende fácilmente que considerase a los partidos como regimientos, para ser manejados a su gusto distinguiéndolos sólo por el color de sus uniformes, con las consecuencias que son bien de imaginar para la vida alemana. El primer ejemplo de esta relación entre Bismarck y los partidos se tuvo en seguida de la unificación, con la lucha contra los católicos, el *Kulturkampf*. Las elecciones de 1871 habían llevado al *Reichstag* a más de cincuenta diputados del partido católico, que había mostrado ser peligroso para los nacional-liberales en virtud de su posición conservadora y de las exigencias localistas de que se hacía vehículo; además, el Centro resultaba peligroso para las clases dominantes porque tenía la posibilidad de organizar a las masas valiéndose del apoyo confesional.

Por otra parte, para comprender el *Kulturkampf* (este término fue acuñado por el diputado liberal Virchow) es importante tener presente la oposición general que en ese período ofrecía la Iglesia Católica a la nueva realidad del capitalismo europeo, así como, en Alemania, la relación entre el catolicismo y la cuestión polaca. Bismarck se lanzó a la lucha con su acostumbrada energía, planteando en segunda la "reivindicación nacional", con lo cual definía al "centro" como enemigo del *Reich*. El conflicto se desarrolló sobre todo en el *Landtag* prusiano, donde el ministro Falck presentó una serie de leyes sobre defensa de la instrucción del Estado frente a la confesional y sobre el matrimonio civil. Como resultado, Bismarck se acercó aún más a los liberales, en tanto que se acentuaba su distanciamiento de los conservadores, que recelaban de la política anticlerical del canciller. Este distanciamiento se convirtió en abierta ruptura en 1874, cuando Bismarck fue duramente atacado por su antiguo periódico, la *Kreuzzeitung*. Esta ruptura lo afectó mucho en el plano personal, aunque en el plano político no lo preocupó mayormente: sabía que la nobleza prusiana no podía prescindir de él so pena de perder sus propias posiciones de poder. Claro que era preciso que nadie pudiese reemplazarlo; por eso, también en el marco del *Kulturkampf* y del distanciamiento de los conservadores debe ponerse el episodio del conde Arnim, embajador alemán en París que fue objeto de una persecución odiosa, culminada con su condena por traición, por parte del canciller, quien pretendió llevar al terreno penal un enfrentamiento puramente político como el que lo oponía a Arnim (se trataba, en efecto, de establecer si convenía o no a Alemania apoyar las tentativas monárquicas y clericales de restauración en Francia).

Se observa en este episodio, así como en las relaciones entre Bismarck y Windthorst, el líder del Centro, una manifiesta aspereza del carácter de aquel: sus grandes aptitudes, la cualidad de entregarse por entero a un propósito, fueron entonces aplicadas también, y casi ante todo, a las cuestiones personales. Al mismo tiempo los momentos de gran tensión nerviosa, a menudo acompañados asimismo de manifestaciones físicas, se hicieron más frecuentes. Las estadías de reposo y de curación en Varzin o en Friedrichsruhe menudearon y, especialmente después del retiro de Delbrück, en 1876, el problema del reemplazo del canciller se fue volviendo cada vez más embarazoso: la identificación del Estado con un hombre tiene sus inconvenientes. Sin embargo, a pesar del empeoramiento de su estado de salud, Bismarck siguió dominando la vida política alemana, secundando siempre los movimientos de fondo de la sociedad de modo de no alterar el equilibrio alcanzado.

En el período de 1873 a 1875 se registraron dos hechos fundamentales: la inversión de la tendencia en el desarrollo económico, de modo que al período de expansión siguió una depresión, acompañada de una sensible caída de los precios que hubo de prolongarse varios años; además, en 1875 se celebró en Gotha el congreso de unificación entre lassallianos y eisenachianos —la fracción marxista—, del que surgió el partido socialdemócrata.

Estos dos hechos iban a ejercer una influencia decisiva sobre la política interna de Bismarck: la crisis económica habría de reflejarse en el partido nacional-liberal que era el eje de la mayoría de Bismarck. En efecto, mientras que bajo el impulso de Delbrück la política aduanera del Reich se había orientado en sentido librecambista, apenas los efectos de la crisis se hicieron sentir, los industriales comenzaron a agitar decididamente en favor del proteccionismo, determinando así una primera escisión entre los nacional-liberales. Bismarck tardó algún tiempo en darse cuenta de la nueva situación: todavía a fines de 1877 trataba con Benningsen la incorporación de éste al gobierno como ministro de finanzas y vicecanciller. La izquierda nacional-liberal habría aceptado el proteccionismo —al que Bismarck se había convertido pronto en cuanto vio disminuir los aportes de los estados al presupuesto del *Reich*, que deseaba ver sostenido solo con esos recursos o mediante impuestos indirectos— a cambio de un fortalecimiento del poder parlamentario. Pero en este terreno el canciller no estaba dispuesto a negociar; se llegó así a una ruptura abierta con los nacional-liberales, ruptura buscada por Bismarck al proponer la institución de un monopolio estatal del tabaco.

Obrando un verdadero y completo dislocamiento de las alianzas —como si en lugar de partidos políticos y mayorías parlamentarias se tratase de naciones—, Bismarck se volvió hacia los conservadores. Éstos no tenían ninguna dificultad con respecto a la introducción de gravámenes aduaneros proteccionistas, sobre todo porque las objeciones que habrían podido hacer los sectores rurales quedaban superadas por el derrumbe producido en los precios agrícolas, de suerte que la protección aduanera podía extenderse a los cereales. Pero los conservadores, aun sumados a la derecha nacional-liberal, no alcanzaban a ser mayoría: se imponía una alianza con el centro, y Bismarck, no obstante todas las proclamas del *Kulturkampf*, no vaciló en recurrir a ella. Era la victoria de Windthorst, su gran adversario, también él profundamente conservador; en el fondo, era el desquite de ese espíritu legitimista y tradicionalista.

Al viraje en sentido conservador de 1878-1879 contribuyó asimismo el hecho de que la socialdemocracia comenzara a convertirse en una fuerza política, agitando a los ojos de Bismarck el peligro de un partido que no podía ya ser equiparado a un regimiento. A pesar de los contratos con Lassalle y a pesar de toda la demagogia, las actitudes de Bismarck respecto al movimiento socialista no diferían en lo más mínimo de las habituales en los conservadores europeos después de 1870. También a él los socialistas le parecían "nuevos bárbaros", enemigos de la civilización; y también a él —pese a que había tomado parte tan activa en los sucesos franceses de 1870-1871— se le reveló la naturaleza del socialismo "a partir del momento en que, ante el *Reichstag* reunido, no sé si fue el diputado Bebel o Liebknecht —ciertamente uno de los dos— quien en un patético llamamiento presentó la Comuna de París como un modelo de instituciones políticas, y profesó abiertamente ante la nación el evangelio de esos asesinos e incendiarios. Desde ese instante sentí pesar sobre mí la convicción del peligro que nos amenaza [...] ese llamamiento a la Comuna fue el rayo de luz que vino a iluminar el problema, y a partir de ese momento reconocí en los elementos socialdemócratas un enemigo contra el cual el Estado y la sociedad se hallan en condición de legítima defensa".

Las costumbres del canciller con respecto a los adversarios dejaban poco lugar a dudas: era preciso aplastar al nuevo enemigo apenas ello fuese posible. Aprovechando un atentado contra el káiser, a principios de 1878 Bismarck presentó un proyecto de ley contra los socialistas. Como la mayoría, todavía liberal, se resistía, Bismarck se valió

für alle Beweise der Gnade und des Vertrauens, und Euer Kaiserlichen Hoheit insbesondere für den huldreichen Beistand ehrfurchtsvoll danken, den Höchstdieselben in den wichtigsten und für mich schwersten Krisen meiner dienstlichen Laufbahn, mir in so wirksamer Weise zu gewähren gewußt haben.
In Ehrfurcht und Dankbarkeit verharre ich

Euer Kaiserlichen und Königlichen Hoheit

unterthänigster Diener
v. Bismarck

1



2



3

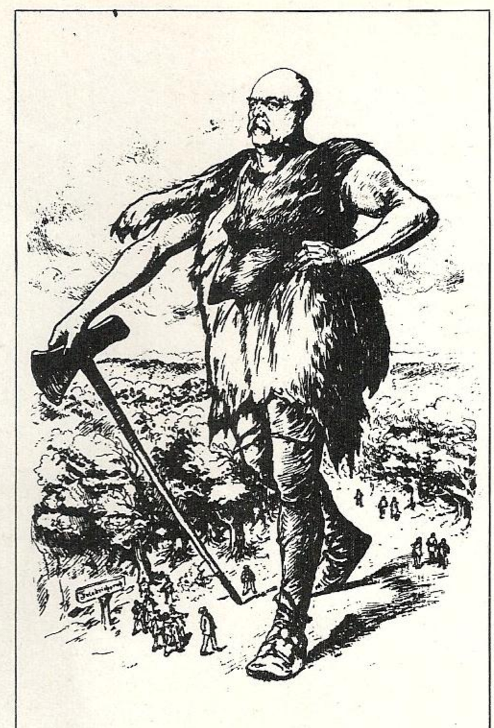
1. Final de la carta de Bismarck al Kronprinz del 25 de enero de 1883 (Arborio Mella).

2. 'El práctico abandona el barco." Caricatura de Punch del 6 de febrero de 1892 (Arborio Mella).

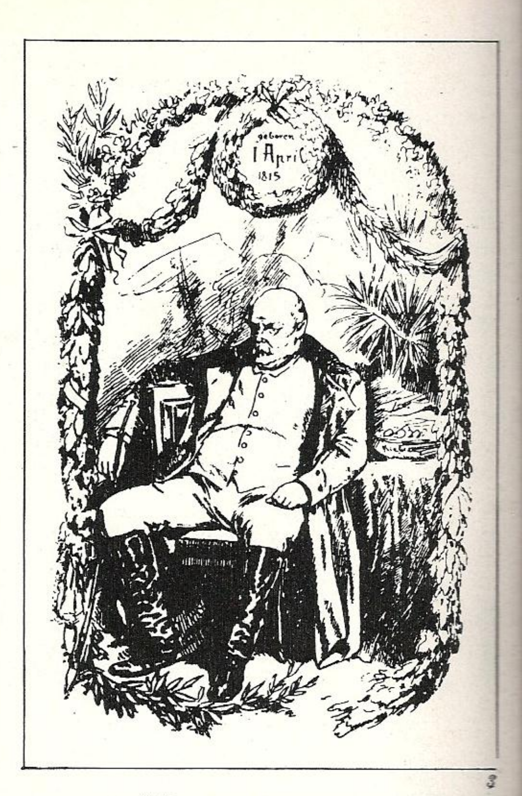
3. Guillermo, el príncipe heredero, según un retrato de H. Meier (Snark).



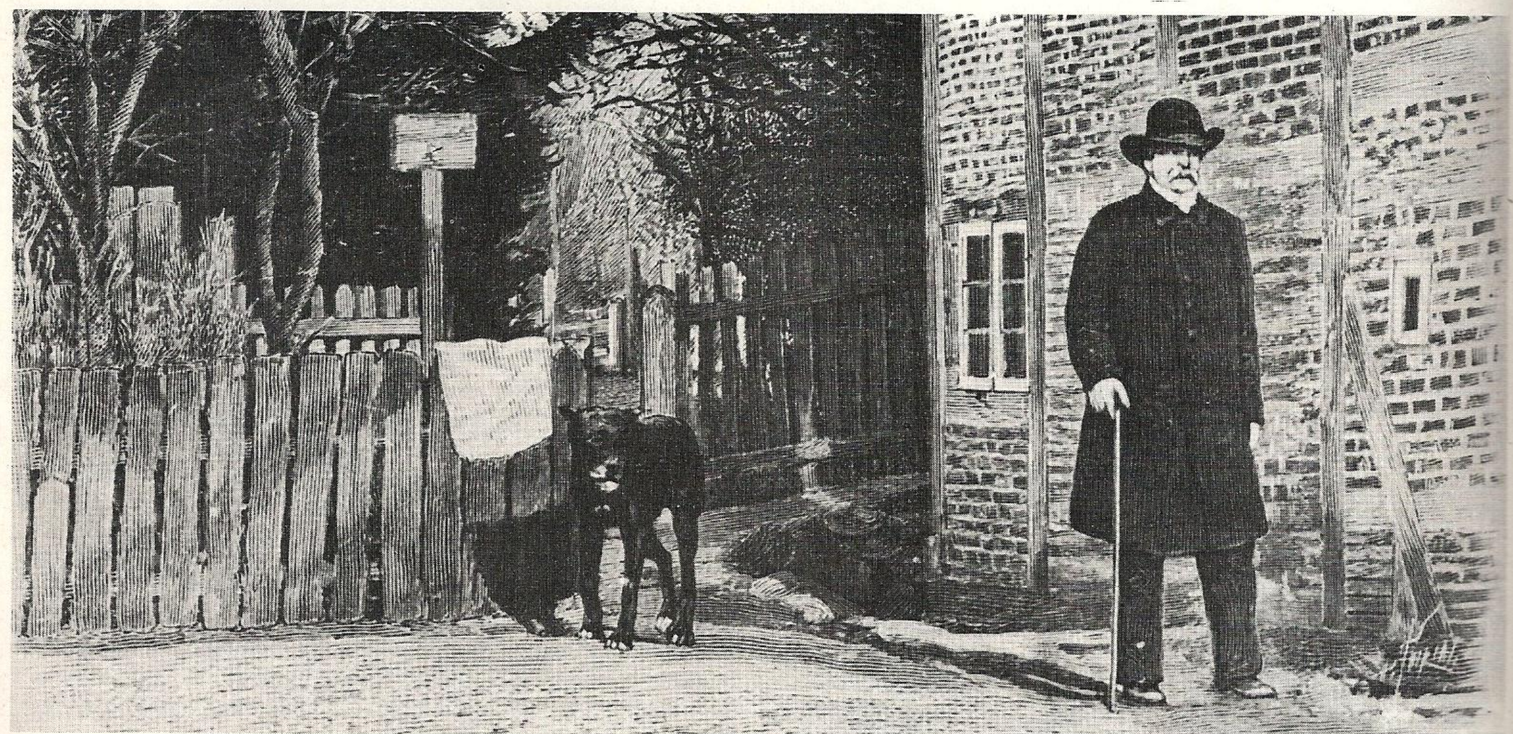
1



2



3



4

1, 2, 3. Caricaturas de Bismarck; como Napoleón en Santa Eelena y como Cincinato, del Figaro, *y en Friedrichsruhe, del* Lustige Blätter *(*Arborio Mella*).*

4. Bismarck y su famoso perro en los años de retiro.

de un segundo y más grave atentado contra Guillermo I para disolver el *Reichstag*, imponiendo como tema electoral la defensa de la monarquía contra los ataques socialistas. Fue una maniobra hábil: los liberales se disgregaron y el nuevo *Reichstag* tuvo una sólida mayoría católico-conservadora. De este modo, la lucha contra el socialismo le permitió a Bismarck efectuar sin excesivos desgarramientos ese dislocamiento de las alianzas que en ningún otro país dotado de un parlamento hubiese podido consumarse sin un cambio de gobierno.

Sin embargo, incluso en el nuevo *Reichstag*, la izquierda liberal —que, encabezada por Lasker, habría de escindirse a poco de los que permanecían fieles a Bismarck— logró que la "ley contra las actividades subversivas de la socialdemocracia" tuviese vigencia bienal. No obstante, mediante sucesivas prórrogas, se mantuvo en vigor hasta 1890 y fue aplicada con bastante severidad, si bien ésta varió de un lugar y período a otro. No tuvo, empero, los resultados esperados: la socialdemocracia, aunque obligada a actuar en la clandestinidad, siguió progresando, tanto en el plano electoral como en el organizativo. Fue esto un serio contraste para Bismarck, quien habría deseado completar el sistema represivo con la proscripción electoral y con la legislación social que había estado promoviendo eficazmente en los años del ochenta. Respecto de esto último, se trataba de la demagogia habitual: las ventajas, por reales que fuesen, que las clases trabajadores conseguían por esta vía no podían compensar verdaderamente la pérdida de su autonomía política, ni, mucho menos, las enormes desventajas que el proteccionismo y la tributación indirecta —predilecta de Bismarck y de todas las clases dominantes— hacían recaer sobre sus espaldas.

La resistencia de la socialdemocracia representó el primer golpe para la posición de Bismarck, quien a mediados de la década del ochenta se hallaba todavía firme en el poder y seguía valiéndose de su arma preferida, el éxito en la política exterior.

El moderador del equilibrio europeo

Al día siguiente de la paz de Francfort, luego de las duras condiciones impuestas a Francia, Bismarck había proclamado solemnemente que "Alemania es una nación satisfecha". En efecto, lograda la unificación, obtenidas las considerables ventajas territoriales y económicos derivadas de la anexión de Alsacia y Lorena con sus abundantes recursos minerales, y reconocida universalmente como gran potencia, Alemania podía dedicarse a una política exterior de paz. Este interés era *a fortiori* el de Bismarck, quien trasladaba incluso a la política internacional la actitud conservadora que inspiraba su política interna: entre otras cosas, la política de paz era el complemento lógico del conservadorismo interno. Esta característica de Bismarck —la de cumplir una acción internacional conservadora en sustancia y no sólo ideológicamente— fue prevaleciendo cada vez más.

El nuevo *Reich* tenía esencialmente sólo dos problemas externos, ambos vinculados con la presencia de minorías étnicas dentro de sus fronteras. La cuestión polaca era tradicional en la política prusiana y Bismarck había seguido en ese terreno la línea de sus predecesores, consistente en procurar actuar de consumo con Rusia en todos los aspectos relativos a Polonia. No hubo ninguna innovación por parte de Bismarck, sobre todo porque la necesidad de mantener aislada a Francia y de evitar a cualquier precio una guerra en dos frentes impulsaba también las buenas relaciones con Rusia. El segundo problema era el suscitado por la anexión de Alsacia y Lorena, que, como bien sabía Bismarck, estaba destinada a mantener abierta en Francia la herida de 1871 y hacía del aislamiento francés el objetivo principal de la política exterior alemana. La anexión no halló prácticamente oposición en Alemania (si se exceptúa la valiente y previsora de Liebknecht y Bebel): los militares la querían por razones estratégicas; los industriales, por los recursos minerales (y los hechos les dieron la razón: poco después la introducción del proceso Siemens-Martin permitiría combinar el carbón del Sarre con el hierro de Alsacia), y la opinión pública, por motivos nacionalistas. Esta vez le faltó moderación a Bismarck; y éste hubo de pagar esa falta con el famoso *cauchemar des coalitions* [pesadilla de las coaliciones], como acertó a decirle en una ocasión el diplomático ruso Suvalov.

Si bien la unificación alemana resolvía con la anexión otro de los problemas no resueltos en 1848, creaba un nuevo foco de tensión en Europa. Sin embargo, la consumación de las revoluciones nacionales en Europa occidental parecía abrir las perspectivas de un período de paz no solo duradera, como lo fue, sino también estable, lo que en cambio no se logró. Las reivindicaciones nacionales se trasladaron a Europa oriental, a los pueblos sujetos a la dominación turca y también, en cierta medida, al Imperio Austríaco. El tablero de ajedrez balcánico adquirió preeminencia, sobre todo porque el desarrollo del capitalismo empujaba a las grandes potencias a penetrar económicamente en esos territorios industrialmente atrasados, de manera que las reivindicaciones de los nacionalismos balcánicos se entrelazaban con los intereses expansionistas de los estados europeos, especialmente de Austria y Rusia. Además, el propio desarrollo económico, en virtud misma de la crisis general de la década del ochenta, fomentaba la carrera en procura de colonias, de la cual surgía una serie de contradicciones de nueva índole. Por último, la guerra civil norteamericana y la guerra franco-prusiana habían demostrado cómo en adelante también la naturaleza de los conflictos bélicos estaba destinada a cambiar con el desarrollo de la economía.

Frente a esta multiplicidad de circunstancias se revelan nuevamente las grandes aptitudes políticas de Bismarck; no es que éste haya comprendido los primeros síntomas del pasaje a la *Weltpolitik* [la política de alcance mundial] —que le sería siempre esencialmente extraña—, sino que intuyó que el poderío adquirido por Alemania no podía ser puesto en juego en una competencia que acabaría necesariamente por convulsionar a toda Europa. Basándose en esta intuición el canciller hilvanó su compacta red de alianzas y contraalianzas y realizó una política que ha sido eficazmente definida como "pacifismo realista" y que se resolvió en una continua lucha contra las tendencias objetivas de desarrollo de las sociedades europeas. Y si en el plano interno su política conservadora resulta brutal y, en ciertos aspectos, decididamente mezquina, en el plano internacional el conservadorsimo de Bismarck no deja de tener cierta grandeza. Claro está, es preciso no olvidar que también el "pacifismo realista" está siempre subordinado a la finalidad de mantener en Alemania el ordenamiento estatal existente, que Marx definió una vez como "cortado a la medida" del canciller y de los *Junker*.

La primera crisis que hubo de afrontar Bismark fue la de 1875, cuando a consecuencia de un proyecto de reordenamiento militar francés temió que se formase una coalición austro-francesa en pos de desquite, y no vaciló en amenazar con una guerra preventiva, antes que Francia hubiese completado su rapidísima recuperación. La respuesta francesa a las amenazas de Bismarck fue pronta y hábil, de modo que fuese claro para toda Europa que la agresión partiría de Berlín. Bismarck dio prestamente marcha atrás y la tensión se desvaneció al tiempo que el zar Alejandro II visitaba Berlín en calidad aparente de mediador, aunque no lo fuese. Es probable que Bismarck no haya querido efectivamente la guerra en ese momento; en sus memorias hay un pasaje referido a esta crisis que puede considerarse fidedigno y que es también ilustrativo de su pacifismo: "Europa habría visto en nuestra conducta un mal uso del poderío adquirido, y la mano de todos, inclusive las fuerzas centrífugas del propio Iimperio, se habría levantado continuamente contra Alemania o habría empuñado la espada. Fue precisamente el carácter pacífico de la política alemana, tras las maravillosas demostraciones del poderío nacional, lo que evidentemente contribuyó —más pronto que lo esperado, o al menos hasta un *tolerari posse* [puede ser tolerado]— a reconciliar con el nuevo desarrollo del poderío germano a las potencias externas y a los adversarios internos, y a hacer que el Imperio fuese considerado en parte con benevolencia, en parte



1. *Bismarck en Friedrichsruhe.*

como un custodio provisional y aceptable de la paz, mientras se va desarrollando y fortaleciendo."

La conclusión de la crisis de 1875, con la presunta mediación rusa —que, por otra parte irritó muchísimo a Bismarck, quien sentía una profunda antipatía personal, cordialmente retribuida, por el ministro de Relaciones Exteriores ruso, Gorchákov—, encuadraba bastante bien en el marco tradicional de la amistad con Rusia. Ya desde 1871 Bismarck había promovido un acuerdo entre los tres emperadores, de Rusia, Alemania y Austria, en función antifrancesa y también, aunque en menor medida, con cierto tinte ideológico conservador.

Sin embargo, el deseo de poner el equilibrio europeo bajo la tutela del bloque austro-ruso-alemán —repitiendo en distinta situación el esquema de Metternich— estaba destinado a chocar con el conflicto objetivo entre Austria y Rusia en los Balcanes, el cual habría de estallar luego de la guerra ruso-turca de 1877. El interés ruso por los estrechos [de los Dardanelos y del Bósforo —N. del Tr.] y el impulso paneslavista se unían a las aspiraciones nacionales de los pueblos balcánicos; por la misma época Austria-Hungría había ya madurado la decisión que la llevaba a compensar en los Balcanes las pérdidas sufridas en Europa central. En tales condiciones no le quedaba a Bismarck —quien deseaba evitar una ruptura— sino asumir el papel de mediador; y precisamente con el carácter de "honesto mediador" se presentó en el Congreso de Berlín que él mismo presidió en el verano de 1878 y que tenía por finalidad modificar los términos del tratado de paz ruso-turco de San Stefano dando a la península balcánica el orden más estable que fuese posible. En efecto, Bismarck consideraba que Alemania no tenía ningún interés directo en los Balcanes, ni podía, por otra parte ser sensible a las exigencias nacionales de los pueblos eslavos. Lo primero era esencialmente cierto en la época del Congreso de Berlín, pero lo sería cada vez menos al iniciarse el proceso que a fin de siglo llevaría al surgimiento de un imperialismo alemán. Por otra parte, la posición de "honesto mediador" se hizo insostenible justamente después que el Congreso de Berlín hubo revelado la profundidad del antagonismo austro-ruso: ya al año siguiente Bismarck se vio obligado a tomar posición, y su elección recayó en Austria-Hungría, con la que en 1879 concluyó una alianza defensiva a la que años después habría de adherir también Italia. También en esta decisión, grávida de consecuencias ya que ligaba la política exterior alemana a la política de Austria en los Balcanes, Bismarck dio prueba de su realismo: una vez más se adelantaba a los conservadores de su país, comprendiendo antes que ellos la inevitabilidad del distanciamiento ruso-alemán y llegando a plantear la renuncia del gabinete para vencer la resistencia de Guillermo I. No es casual que una de sus divisas preferidas fuese *Fert unda nec mergitur* [la ola lo lleva y no se hunde]: sabía bien adaptarse a las cosas una vez que había comprendido su evolución. En la decisión de 1879 gravitaron ciertamente elementos contingentes, como la necesidad de complacer a los nuevos aliados del Centro y el resentimiento ruso debido a los resultados del Congreso de Berlín, que había mutilado la victoria de las armas del zar; tampoco deben olvidarse los elementos psicológicos. Austria, y posteriormente Italia eran aliados más cómodos que Rusia, a los cuales el canciller podía dominar a voluntad: como de costumbre, buscaba subordinados, no colaboradores.

Gradualmente el proceso se fue haciendo más evidente: hasta los sentimientos rusófilos de los conservadores se enfriaron bajo los golpes de la competencia cerealista, los Balcanes fueron convirtiéndose en teatro de una infiltración económica alemana directa y la imposibilidad de mantener las buenas relaciones con Rusia se hizo evidente inmediatamente después de la renovación de la alianza de los tres emperadores, ocurrida en 1884. Fue esta la penúltima tentativa de Bismarck de oponerse a la tendencia objetiva; la última sería el tratado de contraseguro de 1887. Pero entonces exigencias de política interna pondrían al canciller en condiciones de tener que abandonar su pacifismo realista para secundar las tendencias antirrusas cada vez más acentuadas en la sociedad alemana. Es el principio del fin de la dictadura de Bismarck.

Declinación y caída

En los años que precedieron y siguieron a 1885 la crisis económica generalizada alcanzó también en Alemania su punto más bajo. En esos años se agudizaron los antagonismos entre las fuerzas sociales y aumentaron por ende las presiones ejercidas sobre el Estado. Mientras por un lado los productores agrarios e industriales, y sobre todo la industria pesada, piden con agresividad creciente una mayor protección aduanera, comienza también con bastante ímpetu el proceso de exportación de capitales y, por lo tanto, la primera aventura imperialista de Alemania.

El juego del canciller se fue haciendo cada vez más complicado, y fue resultándole entonces más difícil la tarea de conservación del propio poder, que se fundaba esencialmente con la adhesión a las presiones más fuertes en lo interno y en la conservación de la paz en el exterior. Por algo los años 1884-1886 fueron también el único período en que Bismarck se ocupó de política colonial; era este un sector que siempre permaneció esencialmente ajeno a su sensibilidad. El desarrollo económico que debía conducir al nacimiento del imperialismo no fue percibido en sus alcances por el viejo *Junker*:

cuando después de su retiro fue llevado a visitar el puerto de Hamburgo, donde bullía el tráfico comercial, Bismarck exclamó asombrado: "¡Pero este es otro mundo!" Y era en verdad una nueva época: la política dejaba de ser europea para convertirse en mundial . Sin embargo, falta explicar ahora el hecho de que Bismarck se interesase por un determinado período de la política colonial: la hipótesis más verosímil proviene de las declaraciones del hijo de Bismarck, Herbert, a quien el canciller había escogido como su propio colaborador directo, con la esperanza inconfesada de hacer de él algún día su propio sucesor. Efectivamente, el joven Bismarck afirmó que su padre se había decidido a ocuparse de política colonial a fin de operar en un terreno en el que habría sido fácil llegar a tener fricciones con Inglaterra: a su vez, esta intención se justificaba por el temor de que, dada la avanzada edad del káiser, fuese inminente el ascenso al trono de Federico, príncipe de Prusia.

Las relaciones entre el canciller y el *Kronprinz* [príncipe heredero], pese a todas las afirmaciones en contrario de los *Pensamientos y recuerdos* del primero, nunca habían sido buenas: lo que Bismarck le reprochaba más que nada al futuro soberano eran las "influencias familiares inglesas", es decir, que fuese sensible a las sugestiones de su mujer, hija de la reina Victoria y defensora convencida del sistema parlamentario inglés, así como adversaria decidida de Rusia en política internacional. Bismarck consideraba que el ascenso al trono de la pareja habría llevado a su propia sustitución por lo que él llamaba el "ministerio de Gladstone", es decir, por un gobierno liberal anglófilo. Por eso se prevenía, buscando un terreno de posibles enfrentamientos con Inglaterra, país que nunca había tenido un lugar preciso en el sistema de alianzas del canciller, un poco por la desconfianza de éste hacia una nación donde la política exterior dependía en buena medida de la opinión pública.

Esta explicación, por muy política que sea, resulta convincente en un hombre que ante la "carrera al África", emprendida en esos años por las potencias europeas, afirmaba: "Mi carta para África está en Europa. Aquí están Rusia y Francia, y nosotros estamos en el medio. Esta es mi carta para África."

No debe olvidarse, empero, que en esos años la política colonial comenzaba a hacerse popular en Alemania y que había allí un impulso real favorable a la adquisición de colonias; además, la política colonial antiinglesa servía también a uno de los objetivos fundamentales del canciller en materia de relaciones internacionales, el de distraer a Francia de la *revanche* alentando sus aspiraciones coloniales, que se oponían a las inglesas (no es casual que el interés de Bismarck por las colonias se terminase casi al mismo tiempo que caía en Francia el gobierno del colonialista Ferry).

Por otra parte, las preocupaciones de la política interna iban predominando cada vez más en la actividad de Bismarck, aunque la principal de aquellas, la de la sucesión, resultase infundada al manifestarse la grave enfermedad del príncipe Federico, quien sólo podría gobernar unos pocos meses.

La crisis búlgara de 1885-1886, en la que el príncipe alemán Alejandro de Battenberg, rey de Bulgaria, se opuso a la penetración rusa en ese país, determinó una sensible intensificación de las corrientes antirrusas en Alemania. En el mismo sentido obraban también la persistencia de la crisis agraria y el efecto deprimente sobre las tasas de interés en Alemania de la difundida colocación de títulos del crédito público ruso, contra la que Bismarck se vio obligado a intervenir primero en 1885 y luego, definitivamente, en 1887, con una decisión cuya importancia pudo apreciarse algunos años más tarde cuando las vinculaciones financieras sentaron las bases de la alianza franco-rusa.

También se basó en la crisis agraria el último éxito de Bismarck, el que le permitió consolidar temporariamente su propia posición, que a comienzos de 1887 parecía bastante comprometida. En efecto, a Bismarck se le planteaba nuevamente el problema de sostener los declinantes ingresos del *Reich*; y, como de costumbre, recurrió a la vía de los impuestos indirectos, proponiendo una ley sobre el monopolio del aguardiente que el *Reichstag* rechazó. Con su reconocida habilidad, el canciller llevó la pugna a otro terreno anticipando la renovación del presupuesto militar antes de que hubiese transcurrido el septenio, de manera de tener a mano el medio de disolver el recalcitrante *Reichstag*, que, efectivamente, planteó de nuevo la cuestión de la duración del propio presupuesto militar. Aprovechando al máximo la efervescencia nacionalista promovida en Francia alrededor del general Boulanger, Bismarck agitó en un enérgico discurso el fantasma de una guerra franco-alemana, una guerra que habría sido terrible y en la que el vencedor habría sido despiadado con el vencido; la oposición no se dejó convencer y el *Reichstag* fue disuelto. En las elecciones Bismarck impuso la alianza entre los candidatos conservadores de las distintas fracciones y obtuvo un triunfo completo sobre los liberales; también el Centro, que se había opuesto al septenio, surgió disminuido de las elecciones. Sin embargo, el éxito electoral no sirvió para detenere el proceso de deterioro de la posición personal de Bismarck: en marzo de 1888 murió Guillermo I y el canciller perdió así su principal punto de apoyo, es decir, un monarca, que, pese a todas las discrepancias, había ligado indisolublemente su propia suerte a la de Bismarck.

Tras el brevísimo reinado de Federico III subió al trono Guillermo II, de veintinueve años, que sólo por poco tiempo más habría de valerse de los servicios del anciano canciller, con quien nunca mantuvo relaciones cordiales. Ya cuando subió al trono, Bismarck tenía en su poder cartas de Federico III que contenían severos juicios sobre el carácter altanero y la escasa preparación de su hijo para los asuntos de Estado; por otra parte, el principio que Bismarck había utilizado siempre para ejercer su propia dictadura personal, esto es, que él gobernaba pura y exclusivamente en nombre del emperador, había de volverse contra él en cuanto Guillermo II lo interpretase al pie de la letra y pretendiese efectivamente gobernar por sí mismo. Contemporáneamente se urdían intrigas para poner fin a los casi treinta años de gobierno de Bismarck. Y aunque el canciller logró deshacer con relativa facilidad la que había tramado el predicador de la corte Stocker —que se había hecho promotor de un movimiento de tinte socializante y violentamente antisemita—, más graves resultaron los manejos de los militares, encabezados por el conde von Waldersee, que ahora se habían convertido definitivamente a la idea de un enfrentamiento con Rusia.

El conflicto decisivo entre el nuevo káiser y el canciller se centró sin embargo en una cuestión de política interna; el prestigio de Bismarck fue gravemente afectado por el hecho de que el *Reichstag*, aunque surgido de elecciones tan favorables a los conservadores y al gobierno, rechazase la prórroga de las leyes antisociales. Era este un resultado bastante lógico, dado el fracaso registrado con tales procedimientos: aun entre mil dificultades la socialdemocracia no había cesado de progresar electoralmente.

En Alemania, como en toda Europa, no se podía seguir queriendo ignorar un proceso objetivo: la clase trabajadora reivindicaba en todas partes su propia autonomía política, y mientras que Bismarck seguía considerando necesario el uso de la fuerza, Guillermo II se proponía recorrer nuevamente los caminos de la demagogia. Por otra parte, al sentir que su propia posición vacilaba, el canciller pensó por un momento en recrear las condiciones que habían hecho indispensable su ascenso al gobierno. En los últimos meses, aun después de la derrota electoral sufrida en febrero de 1890 con la renovación del *Reichstag*, Bismarck especuló con que una agudización del conflicto con los socialistas le permitiría desempeñar nuevamente el papel de salvador de la patria; pero, como dijo su hijo menor Bill, ya no poseía su antigua habilidad para dar en el blanco.

Una vez que resultó claro, tras las discrepancias acerca de las proclamas socializantes de Guillermo II y de los contactos directos entre el káiser y los ministros, que las dimisiones eran inevitables, Bismarck logró una vez más llevar la cuestión al terreno

de la política exterior, en el cual sería obvio que su experiencia universalmente reconocida no podía verse menoscabada por la juvenil impetuosidad de Guillermo II. Hábilmente incitado éste por el canciller, que le hizo conocer un juicio negativo del zar acerca de su persona, se dejó llevar por la excitación antirrusa y ordenó la adopción de medidas militares. Bismarck se negó entonces a ejecutar la orden, enviando una carta de renuncia que es una verdadera obra maestra de prosa política y que fue publicada el día de la muerte del canciller. En ella Bismarck recalcaba sobre todo dos puntos: la preeminencia absoluta del presidente del consejo de ministros prusiano sobre los demás ministros, y las buenas relaciones con Rusia.

De este modo acusaba al emperador de querer comprometer los dos principios cardinales del sistema político que el canciller había establecido, destruyendo así la obra de toda su vida; así, el último acto del político se convertía en el primero del "mito" de Bismarck.

No son raros en la historia los ejemplos de hombres que, ya ancianos, se mantienen tenazmente aferrados a su poder; pero la batalla que libró Bismarck para no ceder su lugar fue particularmente enconada. En él había arraigado —por un comprensible proceso psicológico— el convencimiento de una total identidad entre su persona y el *Reich*. Ya en los años precedentes sobre esta convicción se había fundado la violencia con que había librado sus batallas políticas, sin cuidarse de críticas ni resistencias, posesionado de la certidumbre de su causa —la grandeza de Prusia— y de la fe en la autoridad y la fuerza. Ahora que las cosas habían cambiado, que la sociedad se había transformado y que el progreso económico y el auge del gran capitalismo moderno desencadenaban fuerzas y conflictos cada vez menos controlables, esa certidumbre servía sólo para defenderse a sí mismo.

Pero, en realidad, el de Bismarck no fue un verdadero retiro: un político de verdad —y él lo era— no puede vivir sin la política. Desde que se instaló en Friedrichsruhe desplegó hasta su muerte una intensa actividad: artículos, entrevistas y un viaje triunfal a través de Alemania en 1892; sus memorias, en las que también se ocupó, se proyectaban todas al presente, y eran innumerables las peregrinaciones hasta su residencia.

En esta actividad no lo guiaba por cierto la esperanza de un retorno imposible, sino el resentimiento contra sus sucesores, y especialmente contra Guillermo II, no obstante todas las reconciliaciones formales entre los dos. Y, como de costumbre, no reparaba mucho en los medios de lograr sus objetivos: baste pensar que en alguna ocasión llegó a presentarse como defensor del Parlamento. Sin embargo, tal propósito personal no podía quedar limitado a un fin en sí mismo: en derredor de la figura del "ermitaño de Friedrichsruhe" se reunieron elementos dispares, descontentos de la política de Guillermo. Pero se trataba siempre de una oposición nacionalista que aspiraba a una política más agresiva por parte del *Reich* y que deseaba repetir en escala mundial la afirmación de poderío que Bismarck había realizado para Prusia en el concierto europeo. Era una curiosa ironía de la historia que quien había impuesto a la recalcitrante Alemania la solución pequeño-germana, como alternativa a una gran Alemania democrática, debiese convertirse antes de su muerte en abanderado del pangermanismo, de una Alemania cad vez más grande. Pero tal vez fuera también la conclusión lógica de una evolución política que se había iniciado con posiciones reaccionarias y que con posiciones reaccionarias había de concluirse.

La herencia de Bismarck

La vida de Bismarck coincidió con el período de grandes transformaciones estructurales y políticas de las que surgió la Alemania moderna, la Alemania del siglo veinte que en dos ocasiones intentó "el asalto al poder mundial" y en las dos sufrió derrotas ruinosas cuyas consecuencias todavía hoy se viven. Aunque de ninguna manera se pueda afirmar que Bismarck haya sido un precursor de Hitler, del mismo modo en que no se puede decir en Italia que el *Risorgimento* haya sido precursor del fascismo, en innegable que su prolongada presencia a la cabeza de Alemania imprimió a la evolución de este país un sello particular que no dejaría de influir en los acontecimientos venideros.

Ante todo, parece posible —al intentar un balance de la obra de Bismarck— desechar todo rasgo demoníaco de su acción: Bismarck no inventó nada. El doble juego diplomático, el poderío feudal de los *Junker*, el snetimiento nacional alemán, la demagogia plebiscitaria, eran todos instrumentos que ya se hallaban a disposición de los políticos alemanes. Sólo que Bismarck supo usarlos con mayor eficacia que otros; a lo sumo, puede admitirse que la misma importancia de sus éxitos y la energía en que se basaba su carácter facilitaron el surgimiento de la impresión diabólica que suele encontrarse en muchos juicios sobre Bismarck.

Según su gran contemporáneo Friedrich Engels, "Bismarck es Luis Napoleón [III], traducido del aventurero francés, pretendiente al trono de Francia, al pequeño hidalgo campesino prusiano y al miembro de una corporación de estudiantes alemanes.

"Al igual que Luis Napoleón, Bismarck, hombre de gran intelecto y de gran picardía, hombre de negocios nato y consumado, que en otras circunstancias habría disputado su lugar en la bolsa de Nueva York a los Vanderbilt y a los Jay Gould, ha mirado en efecto asimismo muy bien por sus intereses personales. Pero a este intelecto desarrollado en la vida práctica a menudo se une una correlativa estrechez de horizontes, y en este aspecto Bismarck supera a su predecesor francés [. . .]. Pero esta limitación fue justamente su fortuna. Sin esa limitación de miras, no habría logrado nunca representarnos toda la historia universal desde el punto de vista estrictamente prusiano, y si esta visión del mundo auténticamente prusiana hubiese tenido una fisura por la que hubiese penetrado la luz del día, habría fracasado en su misión y su gloria no existiría. En realidad, cuando hubo cumplido a su manera la particular misión que le estaba prescripta desde afuera, se halló también al final de su papel [. . .]."

Según Croce, Bismarck "quería hacer y hacía política y nada más que política, tal como Moltke hacía la guerra y nada más que la guerra; y hacía su política con seguro cálculo, audaz y cauto, sabiendo renunciar a la menor utilidad por la mayor, a la momentánea por la duradera, aprovechando todas las ocasiones y cambiando al cambiar las condiciones, sin perder nunca de vista su fin, que era, como se ha dicho, la creación de un centro de poder".

Y otro gran contemporáneo de Bismarck, Nietzsche le reprochaba, en una página muy hermosa, que hubiese empobrecido a los alemanes obligándolos a perseguir los valores del poder en lugar de los de la cultura. Son todos juicios que dan en lo cierto, que iluminan aspectos particulares de la obra de Bismarck, al igual que el que la sitúa primordialmente en el plano diplomático atenuando el contenido esencial de una acción que hizo posible la supervivenvia de estructuras feudales y absolutistas en una sociedad dominada por el capitalismo moderno. En definitiva, pues, Bismarck fue un gran político conservador.

Es casi de rigor, al intentar un juicio sobre Bismarck, compararlo con Cavour, en cuanto ambos fueron protagonistas de procesos coetáneos y formalmente similares: la creación de estados nacionales burgueses. Y también de Cavour se podría decir que fue un gran político conservador, pero la diferencia estará precisamente en el objeto de tal acción conservadora. Si bien es cierto que ambos tenían como propósito principal evitar que la revolución nacional se transformase en revolución social, también es cierto que Cavour era esencialmente un hombre de los nuevos tiempos, un exponente de la burguesía, en tanto que Bismarck, no obstante su mercantilismo, no participó nunca de los modelos culturales y políticos burgueses. Por otra parte, si en Alemania la unificación nacional se cumplió exclusivamente en el plano dinástico-militar, mientras que en Italia hubo cierta participación democrática, no es menos cierto que la revolución capitalista penetró mucho más profundamente en Alemania que en Italia. De esto proviene también —así como de las profundas diferencias de carácter— la mayor brutalidad de la obra con-

1. El ex canciller pasea por su propiedad.

servadora de Bismarck. Éste debía defender, como Cavour, el aspecto social capitalista de los "excesos" democráticos, pero además debía salvaguardar las posiciones de la nobleza agraria en una sociedad que se estaba industrializando. Asimismo, Alemania —precisamente por la profundidad y amplitud que asumió en ella la formación del capitalismo— llegó a la unificación como verdadera gran potencia, mientras que Italia sólo lo era en las aspiraciones de sus intelectuales y de algunos de sus políticos (que se convirtieron, como Crispi, en frenéticos admiradores de Bismarck). Ello constituía un ulterior motivo de rigidez del sistema político surgido de la unificación, y Bismarck supo conferir a su ordenamiento autoritario tal grado de fuerza que logró en parte absorber aun el empuje de la socialdemocracia, que en el terreno institucional fue siempre bastante cauta.

Pero todo esto sirve también para explicar la inestabilidad esencial de la obra de Bismarck: los poderes de la Corona, del ejército, de la administración, que aquel tanto había contribuido a reforzar a expensas de la opinión pública, habrían de resultar fatales para Alemania, una vez que el pasaje a la época del imperialismo y de la política mundial pusiese en evidencia también la fragilidad del sistema de relaciones internacionales que él había tejido pacientemente. Esto no disminuye en absoluto la responsabilidad de sus sucesores, para quienes la figura del canciller se convirtió en una especie de íncubo, ni la de la mayoría del pueblo alemán. Con todo, no puede olvidarse que la causa del conservadorismo, del violentar el curso de la historia por todos los medios posibles, le fue señalada a Alemania por Bismarck, y el "némesis del poder", no habría podido dejar de golpear a su criatura.



1

Bibliografía

De las obras completas de Bismarck, existe la monumental edición de Friedrichsruhe, dirigida por F. Thimme, que contiene documentos oficiales y diplomáticos, discursos, cartas y memorias (Otto von Bismarck, *Die Gesammelten Werke*). En italiano existen solamente los tres volúmenes de las memorias (*Pensieri e Ricordi*, vols. I y II, Torino, 1898; vol. III, Milano, 1922) y una selección de discursos (a cargo de Z. Zini, Torino, 1932). Entre las innumerables biografías recordamos sólo la de A. O. Meyer, *Bismarck, der Mensch und der Staatsmann*, Stuttgart, 1949, y la de E. Eyck, *Bismarck, Leben und Werk*, Zurich, 1941-44, vol. 3.
Para estudios monográficos sobre aspectos determinados de la obra de Bismarck y para las discusiones historiográficas sobre la figura del canciller, se remite al lector a la bibliografía de L. Just en *Questioni di storia contemporanea*, vol. III, Milán, 1953. En español: Grunwald, C. de, *Bismarck*, Barcelona, Planeta; Ludwig E., *Bismarck*, México, Diana.

El fascículo Nº 37 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

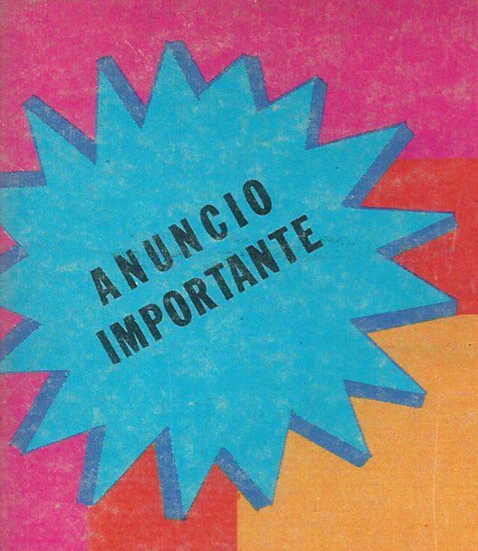
contiene la biografía
completa e ilustrada de

Galileo

*Máxima figura en la historia de la ciencia;
símbolo de la lucha contra la autoridad y el prejuicio.*



¡Un momento apasionante
de la historia
que usted debe conocer!



Precio de venta

Publicación semanal

ARGENTINA: $ 120.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU:
COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO:	PUERTO RICO:
COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90
CUBA:	ESPAÑA:	PANAMA:	VENEZUELA: Bs. 2.50